

Nuestro desafío, hoy

La sociedad actual está viviendo un proceso acelerado de secularización, por el cual la fe y el conocimiento de Dios van siendo paulatinamente excluidos de la cultura y de la vida humana. Este escenario adverso a la fe plantea un nuevo desafío a los creyentes. ¿Cómo podemos predicar el evangelio hoy?

Por otra parte, este cambio social implica el fin del cristianismo cultural o nominal. Hoy, el creyente no puede profesar una fe ingenua. Aquello que nos califica para predicar el evangelio es el testimonio de Jesucristo, es verdad; pero se requiere, además, estar preparados para hacer una defensa sólida de la fe. Solo así el evangelio podrá irrumpir en medio de las tinieblas de este mundo.

En esta tarea, nos hace bien volver la vista al testimonio de la iglesia primitiva. Un reconocido autor cristiano se pregunta: ¿Cómo fue posible que, partiendo de una región remota, personas que no eran social, política o culturalmente influyentes, pudieran poner de rodillas al imperio romano y ganarlo para Cristo en solo dos siglos?

El mismo autor responde señalando tres elementos determinantes: 1, la gloria del mensaje de salvación, único y distinto a todo lo que el mundo había oído hasta allí, logrando cautivar los corazones; 2. el poder de los milagros, y 3. la iglesia. Esta fue la mayor señal, el contexto que hizo plausible el evangelio. La iglesia que de verdad espera el retorno de su Señor tendrá que tener características semejantes.

Que la gracia de nuestro bendito Dios utilice esta edición para edificación y consuelo de muchos.

EVANGELIO

Dios acerca al pecador a su lado y le invita a leer el relato de su misericordia.

Siloh

Henry Law

"...hasta que venga Siloh" (Gén. 49:10).

Los labios de un moribundo fueron los primeros en pronunciar esta palabra. ¡Qué fácilmente se cierran los ojos en esta vida y se vuelven a abrir en la expansión de la eternidad!

En esa hora se debe tener la esperanza de que Siloh, que es Cristo, será el apoyo firme y la presencia que con su luz alumbrará ese valle oscuro.

La escena que nos introduce a esta palabra es muy solemne, pues la muerte y la alegría aparecen juntas. El anciano patriarca estaba al final de su azaroso y difícil viaje por la vida. No obstante, ante él se abría el tan esperado reposo.

También nosotros nos vemos acosados por grandes tempestades, pero luchemos con confianza, porque esas aguas turbulentas llevan al creyente, en rápida corriente, a la calma del descanso eterno.

Un legado de bendiciones

Siloh fue casi la última palabra de aquel padre que se moría. ¡Qué hermoso es dejar un legado de bendiciones reconfortantes a los que nos rodean! ¡Qué precioso es dirigir los pensamientos de los entristecidos hacia Aquel que abolió la muerte y reunirá a todos sus hijos en un hogar de perfecta unión!

Siloh. Este nombre es dulce, y a la vez potente. Dulce porque es de Uno cuyo nombre es como unguento derramado. Potente porque es de Aquel cuyo nombre es sobre todo nombre. Es como un mensaje con el que Dios ilumina la mente humana.

El Señor se deleita en revelar a su pueblo las riquezas de su bondad y gloria. Por eso, aunque los más altos ángeles deben cubrir su rostro para adorar ante su trono, Dios acerca al pecador a su lado y le invita a leer el

relato de su misericordia. Por medio de sus nombres y títulos, Dios nos da nuevos conocimientos y aumenta nuestra emoción. Cada nombre parece revelar un atributo, pero Siloh es un verdadero chorro de luz. ¡Haga el Espíritu Santo que recibamos su significado!

El don inefable de Dios

Siloh significa Enviado. «*Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado)*» (Juan 9:7). Parece como si aquí Jesús nos presentara sus credenciales. Lo que nos quiere hacer notar es que no viene sin autoridad, sino que, por el contrario, viene como representante de una corte real. Sí, verdaderamente Cristo viene para traer un mensaje de un reino lejano; para declarar la voluntad del gran Soberano.

¿Quién, pues, le ha enviado? Escuchemos una de las muchas respuestas que las Escrituras dan en sus páginas: «*En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados*» (1 Juan 4:9-10). Así pues, el Padre eterno envía al Hijo eterno. Adoremos a Jesús por el amor que le hizo venir a esta tierra. Adoremos al Espí-

ritu por su amor al hacernos ver su obra, y oír su voz. Adoremos, con todo nuestro corazón, al Padre que envió a su amado Hijo.

El manantial de la redención está en lo profundo del corazón del Padre. El primer eslabón de la cadena dorada de la salvación está en las manos de Dios. Fue Dios quien decidió enviar un Salvador. «*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...*». «*Mas Dios muestra su amor para, con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros*». Esforcémonos en medir la grandeza de ese amor por la grandeza del Enviado.

Un Enviado incomparable

Las Escrituras dicen: «*Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo*». Si Dios hubiese ordenado que los ejércitos celestiales descendieran con gran gloria, la embajada habría sido, ciertamente, muy brillante. Pero comparada con Jesús hubiera parecido poca cosa. Cristo es tan superior a las multitudes de ángeles, como el Creador lo es a la cosa creada. Cuando aquellos no existían, Él vivía desde la eternidad. ¡Cuánto más precioso es él que los ángeles!

Pero, ¿no hubiera podido otro enviado cumplir la misión? Imposible, porque la obra a realizar era la redención del pecador. Una justicia infinita tenía que cubrir al injusto. Por eso ne-

Cuando Dios ve al pecador unido a Cristo, le ama, le bendice, le honra y le glorifica, porque Siloh es nuestra paz con Dios.

cesitamos a Jesús. Por eso Jesús es enviado al mundo. Nuestros pecados, infinitos en número y en gravedad, tenían que ser expiados, y, por consiguiente, Jesús vino al mundo. Solo Jesús puede expiar y propiciar.

Creyente, en Siloh puedes ver la ternura y misericordia del Padre. Ha enviado tanto para salvarte, que no podía enviar más. Lee en las Escrituras acerca del valor inmenso de tu alma. Solo los méritos de Siloh pueden comprarla. Lee del sufrimiento indescriptible de los que se pierden. Solo Siloh fue capaz de soportarlo en tu lugar. Lee las glorias inconcebibles que esperan a los redimidos. El cielo tiene que ser maravilloso porque ha sido adquirido con la sangre divina del Enviado.

Siloh. Esta palabra también significa «el que lo tiene todo reservado... el que es poseedor del reino... el heredero de todas las cosas». Por lo tanto Jesús se nos revela como sentado en el trono glorioso de la redención. Esta verdad resuena con potencia en las

Escrituras: *«Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido»*. Éste es el propósito, y la promesa, que proporcionan tan gran confianza a nuestra fe.

¿De qué servirá la loca rebelión del mundo contra Siloh? ¿De qué servirá que unos pies impíos pisoteen las verdades de Jesús? ¿De qué servirá que el pecado parezca enseñorearse del mundo? Siloh se burla, riéndose, de sus enemigos. En su estandarte triunfal está escrito: Mío es el reino, y el cetro y el poder.

«Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte». *«Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies»*. Un poco más, y Jesús vendrá para tomar su reino y su poderío, y los inicuos guardarán silencio en las tinieblas.

Creyente, no estés triste porque no veas aún todas las cosas bajo su dominio. Siloh vencerá. Recuerda cuántas maravillas se sucedieron a la predicación de su Nombre. Mira y goza con la vista de los campos preparados para la siega. El que sigue a Cristo va en pos de un Conquistador que avanza de triunfo en triunfo. Muy pronto todos sus enemigos, Satanás, la muerte y el infierno, se debatirán presos en las cadenas del cautiverio.

Este reino está reservado para Siloh. Seguramente muchas veces habrás orado: «*Venga tu reino*». Pues bien, ya está muy cerca. ¿En qué estado te encontrará? ¿Te dice la fe que has de heredar ese reino? ¿O te hace temblar tu conciencia porque, tal vez, la gloria de Cristo será tu vergüenza eterna? Prepárate para ir a su encuentro. El reino de Siloh está a las puertas.

El Hijo de Dios

Siloh aun contiene otro mensaje; significa: «Su Hijo». Pero, ¿hijo de quién?, preguntamos. La fe, tomando la visión más amplia, contesta que Hijo de Dios, puesto que los pensamientos de Jacob estaban fijos en Dios; y también Hijo del Hombre, porque Jacob estaba hablando de Judá. Por tanto este nombre anuncia la deidad y la humanidad de Cristo.

Jesús es el Hijo de Dios, y esto constituye la llave del arca de la salvación. Cristo es uno con el Padre. Uno en naturaleza, uno en esencia, uno en atributos. Es, en todos los sentidos, coeterno con el Padre, y de su mismo rango. Es, de eternidad a eternidad, el Dios Todopoderoso. Antes de que los mundos existiesen, él era Dios, y seguirá siéndolo por los siglos. Los que no conocen a Dios en Cristo no tienen esperanza de salvación. Hubiera sido una burla decir: «*Mirad a mí, y sed salvos*», si el que hablaba no hubiese sido divino. La iniquidad

de un alma manchada por el pecado no se puede borrar con algo menor.

No nos cansamos de repetir que cada pecado es un mal infinito, y, por lo tanto, requiere una expiación de mérito infinito. Lo maravilloso es que, en Siloh, se encuentra toda la infinitud. Cristo tiene todo el poder para quitar los innumerables pecados de la gran multitud de los redimidos. Él puede cubrirlos con la justicia requerida para entrar en el cielo, y él los presentará gloriosos ante el trono de Dios y los rodeará de gloria para siempre. Todo esto lo puede hacer porque es Siloh, el Hijo de Dios.

Hijo de Judá

Por otra parte, Siloh también puede significar Hijo de Judá. Siendo así, nos encontramos aquí con otra señal de la profetizada «*simiente de la mujer*». Cristo será el León de la tribu de Judá, es decir, que a través de una de las hijas de Judá se revestirá de nuestra pobre carne y nacerá en una ciudad de Judá. Ésta es la gran maravilla de cielos, tierra e infierno por todas las edades. Esto debe llenarnos de adoración y alabanza, porque aquí vemos la más preciosa prueba de su amor, y la demostración de su poder para redimir.

Este hecho hay que sopesarlo bien. Si Cristo no fuese verdadero hombre, entonces su muerte no hubiese propiciado la ira de Dios, ni su sangre

hubiera expiado el pecado, ni seríamos justificados por su justicia, ni habría un camino para ir a Dios. Él está infinitamente alejado del hombre, y éste se halla muy por debajo de Dios. Pero Siloh ha venido para hacer, de los dos, uno.

Nuestra paz

Siloh también significa Pacificador. ¡Qué nombre más dulce para el pecador! Bien sabe éste que el pecado crea una terrible enemistad. El corazón de Dios se llena de ira y sus manos se alzan para destruir. Pero al venir Siloh a la tierra, la ira se aparta y el amor y la paz vuelven a reinar, porque hace desaparecer la causa de la ruptura. El pecado queda hundido en el océano de su sangre. Cuando Dios ve al pecador unido a Cristo, le ama, le bendice, le honra y le glorifica, porque Siloh es nuestra paz con Dios.

Y, por último, Siloh hace que las aguas tranquilas de una paz perfecta discurren sobre el turbado fondo de un alma despierta. Cuando el Espíritu

hace que la conciencia se dé cuenta de lo que en realidad somos y merecemos, ¡cuánta angustia nos invade! No puede haber felicidad ni esperanza hasta que Siloh nos lleva a su cruz; pero cuando vemos que todo el castigo desciende sobre Él, entonces sentimos que nuestros temores se calman.

Todo el problema de la vida, con sus amenazas de pobreza, sufrimiento e inquietud, deja de inquietarnos. El que tiene a Cristo en su corazón no tiene espacio para nada más que la paz; la única voz que oye es la del Príncipe de Paz que le dice: «*La paz os dejo, mi paz os doy*». Así pues, éste es el Siloh —el Enviado— que aquel patriarca moribundo prometió. Y, en efecto, en su día vino y ha cumplido su misión.

Lector, no apartes este frágil testimonio hasta que puedas decir que conoces a Cristo, que le amas y que gozas de la unión con él.

De El Evangelio en el Génesis

Un ladrón convertido

Moody cuenta el caso de un ladrón, quien leyó en la cárcel un sermón en el periódico, cuyo título era “El carcelero atrapado”. Él pensó que sería una interesante historia carcelaria. Ésta relataba el pasaje de Hechos capítulo 16. El mensaje de salvación de la respuesta de Pablo al afligido guardián le impactó, y fue convertido.

Años después, Moody conoció a este nuevo hombre en Cristo, rodeado de joyas y valores, pues era nada menos que el guardia de la caja fuerte de un banco.

Samuel Vila

TEMA DE PORTADA

El desafío de predicar el evangelio en una sociedad secularizada.

Alumbrando en lugar oscuro



Rodrigo Abarca

“

Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén”.

— Apoc. 7:9-14.

Esta escena muestra el final de la historia humana. Dios ha obtenido para sí una gran cosecha, un pueblo único. Y están ahora todos ellos reunidos ante el trono de Dios y del Cordero. Esta multitud es el fruto del evangelio de Jesucristo, al final de todos los tiempos. Nosotros somos parte de ese número de redimidos por la sangre del Cordero, mediante el anuncio del evangelio.

Solo Dios salva

«Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios». Ser adorado constituye un derecho exclusivo y absoluto de Dios. Nadie más merece adoración, porque nadie más, sino solo él, puede salvar.

En Apocalipsis 14:7, cuando el ángel vuela por el cielo anunciando el evangelio eterno, dice: «Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado, y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, y el mar y la fuente de las aguas».

El gran conflicto entre la mujer y el dragón, entre el propósito eterno de Dios respecto al hombre, a la iglesia, y a Satanás el adversario, se resuelve en el capítulo 13 en la batalla final, cuando aparecen las dos bestias que persiguen a los santos para aniquilarlos. Ambas bestias responden a los dos primeros mandamientos de la ley, y son una negación de esos dos mandamientos.

La primera bestia niega el mandato: «No tendrás dioses ajenos delante de mí». Ésta tiene sobre sí un nombre blasfemo; es decir, se pone a sí misma en el lugar de Dios, y se hace adorar por los moradores de la tierra. El segundo mandato dice: «No

te harás imágenes, no te postrarás delante de ellas ni las honrarás». La segunda bestia mandó que los hombres hicieran imagen a la primera bestia y la adorasen.

¿Qué relación hay entre esto y lo que estamos hablando respecto al evangelio? El evangelio confronta el pecado fundamental del hombre. Todos nosotros somos pecadores; para ser salvos, hemos de reconocer que somos pecadores, y que no podemos salvarnos a nosotros mismos.

Todos pecaron

De allí parte el evangelio. Sin ese reconocimiento de la condición pecaminosa del hombre, no hay salvación. Por eso Romanos 1, 2 y 3 establece de manera irrefutable la completa pecaminosidad del hombre. «No hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios».

El pecado tiene una raíz básica, descrita en Romanos. Esa raíz es el pecado más abominable a los ojos de Dios, el cual da origen a todos los otros pecados. «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres» (Rom. 1:18). Toda la humanidad está bajo la ira de Dios.

Todos los hombres son culpables, porque, habiendo tenido en princi-

pio acceso al conocimiento de Dios, lo rechazaron, y han hecho otra cosa. «Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias». En cambio, «profesando ser sabios se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible». Es decir, se entregaron a la idolatría.

La idolatría, raíz del pecado

La idolatría es la raíz del pecado; es cambiar al Dios verdadero, poniendo en el lugar de Dios aquello que no es Dios. En eso consistió el primer acto de rebelión del ser humano, en el Génesis. La idolatría es el pecado supremo, y los ídolos son llamados abominaciones. Por eso, el anticristo, que se pone a sí mismo en el lugar de Dios, es llamado «la abominación desoladora».

«Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas, los abandonó a una mente reprobada». Esa es la ira de Dios. Dios simplemente los abandona a las consecuencias del pecado, cosechando los frutos amargos de la rebelión. Si sirven a los falsos dioses, ellos los esclavizarán y, de manera inevitable, los destruirán.

El evangelio entra siempre en conflicto con los ídolos. Lutero dijo: «El corazón humano es una fábrica de ídolos». El mundo occidental se cree

a sí mismo muy sofisticado como para creer en los ídolos legendarios. Pero la cultura secular moderna tiene sus propios ídolos, iguales o peores que aquéllos.

El escritor cristiano G.K. Chesterton decía: «Cuando los hombres dejan de creer en Dios, no es que ya no crean en nada, sino que empiezan a creer en cualquier cosa». El hombre está propenso a adorar ídolos.

En Isaías 44 leemos la historia de cómo un hombre fabrica un ídolo, en una metáfora de la historia y la cultura humana. Versículo 13: «El carpintero tiende la regla, lo señala con almagre, lo labra con cepillo, le da figura con el compás, lo hace en forma de varón, a semejanza de hombre hermoso, para tenerlo en casa. Corta cedros, y toma ciprés y encina, que crecen entre los árboles del bosque, y planta pino para que se críe con la lluvia. De él se sirve luego el hombre para quemar, y toma de ellos para calentarse».

Esto es una ironía del profeta. «Y hace del sobrante un dios, un ídolo suyo, se postra delante de él, y lo adora». Esta es la clave de lo que estamos diciendo. ¿Qué quiere decir que lo adora? «Y le ruega, diciendo: Líbrame». La traducción más exacta es: «Sálvame». Ahora entendemos por qué los redimidos dicen:

«La salvación pertenece a nuestro Dios y al Cordero». El único que puede salvar es Dios.

Ídolos en la cultura moderna

Toda cultura tiene sus propios ídolos. La cultura moderna solo cree en el mundo material, pero, aun así, es idólatra. Al predicar el evangelio, debemos aprender a descubrir esos falsos dioses, porque el evangelio siempre entra en confrontación con ellos.

Cuando Pablo llegó a Atenas, su corazón se enardeció viendo a la ciudad entregada a la idolatría. Y entonces comenzó a discutir, diciendo: «Estos dioses que ustedes adoran no son verdaderos; no pueden salvar. Ese Dios que ustedes no conocen, a ese Dios les anuncio. Este es el verdadero Dios que hizo el cielo y la tierra. Solo él puede salvar».

Un ídolo de la cultura actual es la meritocracia. Según ella, el valor de la vida está dado por nuestros logros. Si no tenemos éxito, no valemos nada. La gente pretende salvarse a sí misma por sus méritos. Aquellos que no obtienen méritos suficientes son los perdedores.

¿Cómo derriba el evangelio este ídolo? Todos nosotros somos perdedores a los ojos de Dios. Ante él no hay ganadores. Usted está inserto en esa cultura; en su empresa, en su traba-

jo, todo lo presiona. Y a menudo nosotros mismos enseñamos a nuestros hijos que, para ser amados, tienen que hacer méritos.

¡Cuántas personas viven esclavizadas por este ídolo! Entonces trabajan en exceso, invierten su vida, buscando ser exitosos. Pero nunca lo consiguen, nunca es suficiente. Y al final de su vida se dan cuenta que han perdido su familia, sus amigos, sus seres queridos; no tienen nada, y su ídolo les robó todo.

La respuesta del evangelio

Quien tiene el evangelio, puede decirle al mundo: «Hay solo Uno que te ama, que te acepta, que te libera sin necesidad de tener mérito alguno: Jesucristo». Solo el poder del evangelio puede responder a la cultura de este mundo. Todas ellas están dominadas por dioses falsos, que los defraudan, los destruyen, los esclavizan. Solo Jesucristo puede hacernos libres. ¡Bendito sea el Señor!

La religión también se ha labrado sus propios ídolos a lo largo de la historia. Cuando Jesús vino al mundo, no vino a una cultura secular atea, sino a una sociedad en extremo religiosa, pero dominada por ídolos. Los ídolos de la religión pueden ser peores que aquellos del mundo: la justicia propia, el hacer las cosas de cierta manera. Nos aferramos a

aquello que Dios nos reveló en el pasado, a los dones que él nos dio, y lo convertimos en ídolos. Eso le pasó al judaísmo.

¡Cuán fácil es que la iglesia se deslice a la idolatría! En la historia de toda corriente cristiana hubo un avivamiento, hubo cosas que el Señor entregó y reveló a su pueblo. Pero todos terminaron aferrándose a lo que él les dio, olvidando al Dador de esas cosas.

El Señor no nos ama por la forma en que hacemos las cosas o porque las hacemos bien o mal. Claro, si lo conocemos a él, haremos su voluntad; pero eso no es lo que nos justifica delante de él. No es lo que hacemos, ni nuestro conocimiento bíblico, sino el evangelio de Jesucristo.

Un nuevo escenario

En la actualidad, enfrentamos una cultura que se seculariza a pasos agigantados. Las encuestas acerca de las tendencias religiosas de los chilenos entregan resultados impresionantes, y a nosotros debería preocuparnos, o por lo menos hacernos prestar atención a lo que está ocurriendo en nuestro país.

La secularización es el proceso por el cual la fe y el conocimiento de Dios son excluidos de manera sistemática de la cultura y de la vida hu-

mana. Las personas niegan que exista una vida más allá de la muerte, que explica la vida aquí en la tierra, y fijan sus ojos solo en la vida material, y nada más.

Ante este fenómeno, los hijos de Dios tenemos que estar alertas, porque el Señor nos ha llamado a predicar a nuestra sociedad. Una nación que se va secularizando ya no tiene conocimiento de Dios, y eso cambia totalmente la estrategia para predicar el evangelio.

Hoy vivimos en una sociedad que ya no se puede llamar cristiana. El mundo occidental, en los últimos 1.500 años, estuvo bajo el dominio de una cultura cristiana. Incluso las personas no cristianas o ateas compartían los valores fundamentales del cristianismo, hasta recientemente. La cultura dominante estaba guiada por los valores fundamentales del cristianismo. Pero eso ya no es más así. Entonces, ¿cómo podemos predicar el evangelio en el mundo actual?

Una cultura post-cristiana

Este proceso de secularización ya se vivió en Europa. Cuán difícil es predicar allí donde todos ya viven en una cultura post-cristiana. Para ellos, oír el evangelio no tiene sentido, y ni siquiera permiten que se les hable. En América Latina estamos asis-

tiendo al fin del *cristianismo cultural*, aquel que se acepta porque simplemente se nació en una sociedad mayoritariamente cristiana.

Si tú hubieras nacido en la India, tal vez serías hindú, porque naciste en una cultura hindú, y si hubieras nacido en Arabia Saudita, lo más probable es que no serías budista, sino musulmán. Así también, era en Occidente; pero ese consenso cultural se derrumbó. Alguien dirá: «¡Qué terrible, estamos en problemas!». Tal vez sea para bien, porque eso significa también el fin del cristianismo nominal; es decir, de ahora en adelante, para ser cristiano, habrá que serlo de verdad.

Ya no es suficiente ser un cristiano cultural, porque esto ya no da prestigio. Cuando la cultura dominante era cristiana, era importante ser cristiano. Pero hoy, si tú dices que vas a una iglesia, ¡huy! «Ah, tú eres de esos intolerantes». Hay que pagar un precio. Ya no es socialmente atractivo declararse cristiano.

La defensa de la fe

Este cambio social, por otro lado, implica el fin del cristianismo ingenuo, aquel que toma las verdades de la fe como verdades auto-evidentes, que no necesitan ser explicadas, porque, si todos comparten los mismos principios morales o las mismas

verdades acerca de Dios, es innecesario explicarlos.

Pero, cuando eso ya no es así, estás obligado a entender profundamente tu fe, porque debes defenderla. Ya no puedes ser ingenuo respecto a tu fe. Ahora, eso es bueno, porque los primeros creyentes, cuando entraron en el mundo grecorromano, se enfrentaron a un mundo similar al actual, cuyas creencias eran radicalmente opuestas a la fe.

¿Por qué crees esto? ¿Por qué haces esto y no esto otro? Para poder hablar con autoridad, hoy necesitamos saber por qué creemos, necesitamos conocer el evangelio.

Un evangelio inteligible

El anuncio del evangelio tiene tres rasgos básicos. Primero, la predicación del evangelio tiene que ser inteligible. Leamos un texto que nos puede ayudar.

«Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número» (1 Cor. 9:19). Lo que le importa a Pablo es ganar a todo el que pueda ser ganado. Para esto, él tiene una estrategia. *«Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos...»*. En otras palabras, ha hablado el lenguaje de los judíos, hablando desde la cultura judía; los ha entendido.

«...a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley –a los gentiles–, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él» (1 Cor. 9:20-23).

Por causa del evangelio, necesitamos entender la cultura de aquellos a los cuales predicamos. Alguien dijo: «Para predicar el evangelio a los hombres del mundo, los creyentes tenemos que entenderlos mejor aun

por medio de la sabiduría y del conocimiento. La predicación de Pablo a los griegos busca impactar y derribar los ídolos. Así también nosotros debemos hablar un lenguaje que los hombres entiendan, a fin de ganarlos para Cristo. El evangelio debe ser inteligible.

La 'jerga' cristiana

Nosotros tenemos un lenguaje especial. Por ejemplo, tiempo atrás, alguien dijo: «Tal hermano está en Egipto». Y un hermano nuevo preguntó: «¿Y cuándo viajó?». Cuando éramos jóvenes, en Santiago, predicábamos en la calle. Y una hermana comenzaba a hablar diciendo: «Alma que me escuchas...». En la actualidad, si tú dices algo así, todos mirarán extrañados, preguntándose:

Para creer, el mundo necesita ver el evangelio encarnado en nuestras vidas.

de lo que ellos se entienden a sí mismos». Jesús conocía el corazón de los hombres, y no tenía necesidad de que nadie le enseñara respecto a ellos. También nosotros necesitamos esa gracia.

Pablo entendía muy bien a los griegos; por eso les predicó con tanta eficacia. «Los griegos buscan sabiduría». Ellos esperaban ser redimidos

«¿Qué es eso? ¿Le estará predicando a los fantasmas?». Necesitamos adecuar nuestro lenguaje para que la gente nos entienda.

Las personas de afuera oyen eso y no lo entienden. Si realmente queremos ganar a otros para Cristo, debemos hacer un esfuerzo, por amor a aquellos que oyen el evangelio. Pablo, al predicar a los griegos, les

habla del atleta, algo que ellos entienden bien (no así los judíos), y compara la carrera cristiana con la de un atleta, para ganar una corona que se marchita. Esto es un evangelio inteligible.

Un evangelio creíble

El evangelio debe ser creíble. En el corazón humano hay muchas ideas contrarias a la fe, que Pablo llama fortalezas, y que es necesario derribar para que el mensaje sea creído. Es decir, necesitamos volver a la predicación apostólica, como está registrada en las Escrituras.

Lucas registra varias predicaciones para mostrar cómo se anuncia el evangelio en distintos contextos. El contenido del mensaje de Pablo en la sinagoga, en Berea y en Atenas, es el mismo, pero la forma es diferente, pues él adecúa su mensaje a los oyentes. A los judíos les demuestra con evidencias de las Escrituras que Jesús es el Cristo. Pero a los griegos, para quienes la Escritura carece de significado, les cita los poetas, y acomoda su discurso a la mente griega.

La predicación antigua era esencialmente apologética. La palabra apologética la usa el apóstol Pedro cuando dice: «Estad siempre preparados para dar razón de la esperanza que hay en vosotros». La expres-

ión *dar razón*, literalmente, es *hacer una apología*. Una apología es una defensa, como aquella que se hace ante un tribunal. Cuando predicamos a Cristo, tenemos que estar tan preparados como el abogado ante un tribunal, para defender la fe.

Aquello que nos califica para predicar el evangelio es el testimonio de Jesucristo. Es verdad. Pero necesitamos, además, estar preparados para responder a las dudas u objeciones que surjan.

Por ejemplo, para los griegos, ¿qué era lo relevante al oír una historia? Certificar su origen. No podían creer lo que cualquiera decía, había que verificarlo, yendo a la fuente. Lucas, escribiendo a los griegos, dice: «Puesto que ya muchos han tratado de poner la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos las anunciaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos...».

Luego, Lucas asume la actitud del historiador griego: «...me ha parecido también a mí investigar todas estas cosas con diligencia desde su origen». Él no se conformó con que se lo contó otro, sino que fue al origen, habló con los testigos, y eso es lo que escribe, para derribar una fortaleza en la mente griega.

Esto necesitamos. Por eso, Pablo dice que «las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios y de Cristo, y trayendo cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo».

Un evangelio plausible

En tercer lugar, no es suficiente con que el evangelio sea inteligible y sea creíble. Eso es fundamental; pero aún se necesita que la predicación sea plausible.

Déjeme explicar esto. Suponga que usted está en el Metro de Santiago, y va apurado al trabajo, como todo el mundo. Y de pronto se le acerca un señor de cabeza rapada, vestido de una túnica amarilla y naranja. Y con una mirada como perdida, él le entrega una flor, diciéndole: «Que el universo te bendiga».

Para usted la acción de esa persona no significa nada; es absurda, es ridícula. ¿Sabe por qué? Porque no es plausible en el contexto en que usted vive: todo en él es una figura extraña, ajena. Aunque él dijese una verdad, ésta no es plausible para usted, porque el contexto niega o no avala lo que él dice.

Pero si usted vive en la India, y esa misma persona se le acerca en el

metro de Nueva Delhi y dice lo mismo, ¿es plausible o no? Sí, porque es parte del mundo en el cual usted vive.

Hace poco, un hermano me decía: «Estuve predicando el evangelio a una compañera de curso. Ella puso un montón de objeciones, pero las respondí todas. Finalmente, ella me dijo: En realidad no hay manera de que esto no sea verdad; pero no puedo creer». «Pero, ¿cómo? Si tú ves que es la verdad». «Sí, pero no puedo creer, porque me parece ridículo que la muerte de un hombre en la cruz haya cambiado la historia». No era plausible para ella; le faltaba el contexto que hace plausible el evangelio.

En la iglesia primitiva

El hermano Michael Green escribió un libro extraordinario, *La Evangelización en la Iglesia Primitiva*, en el cual trata de explicar el éxito extraordinario que tuvo la iglesia antigua en predicar el evangelio. ¿Cómo fue posible que, partiendo de una región remota, personas que no eran social, política o culturalmente influyentes, pudieron poner de rodillas al imperio romano y ganarlo para Cristo en solo dos siglos?

Green dice que hubo tres cosas: primero, la grandeza del evangelio, que era único y distinto a todo lo que los

hombres habían oído hasta allí, cautivando los corazones; segundo, el poder de los milagros, y tercero, la iglesia. Esta fue la mayor señal de la verdad del evangelio, el contexto que lo hizo plausible.

Quienes miraban a la iglesia veían cómo los creyentes se amaban unos a otros. Eran una comunidad donde los esclavos convivían con sus amos, las mujeres tenían la misma dignidad que los hombres, y cada uno era amado porque estaba creado a imagen de Dios y había sido salvado por Cristo. Eso impactó al mundo. Todos los miraban y decían: «En ellos hay algo que nosotros no tenemos».

El mundo antiguo era cruel; para ellos, la compasión era una debilidad del carácter. En la literatura griega, cuando un héroe se enfrentaba a un adversario que pedía misericordia, lo mataba. Pero la iglesia enseñó al mundo el significado de la compasión.

Cuando la iglesia llegó a Roma, había en la ciudad una construcción llamada la Columna Lactaria. Si nacía un hijo deforme, o nacía mujer, aquella criatura era llevada y abandonada allí. Cuando los cristianos llegaron a Roma, adoptaron a esos niños como suyos. Ellos no hicieron una marcha por las calles, ni encararon al gobernador; hicieron algo

mucho mejor: acogieron a los desvalidos. Esto impactó al mundo antiguo. «Esto no puede ser sino verdad». Era algo plausible.

Si el carácter de los hijos de Dios no concuerda con el evangelio; si anunciamos un evangelio de compasión y no vivimos vidas compasivas, estamos negando aquello que predicamos, y el mundo no va a creer. ¡Que el Señor nos ayude!

La misión de la iglesia

El evangelio tiene que ser inteligible, tiene que ser creíble y tiene que ser plausible. ¿Y qué hace plausible al evangelio? ¡La iglesia! «*Vosotros sois la luz del mundo*» (Mat. 5:14). ¡Gloria al Señor! Los creyentes, con su vida, con sus obras, con su conducta, son la luz del mundo.

Algunos hombres manifiestan un carácter excepcional en la historia. Pensemos en Gandhi, Mandela y otros. Pero hay algo que el mundo no puede producir: una nación de carácter singular. Cuando la iglesia surgió en el mundo, se vio no ya a un hombre, sino una nación única, de hombres y mujeres extraordinarios. Para creer, el mundo necesita ver el evangelio encarnado en nuestras vidas.

«*Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres*» (Tit. 2:11). Eso es el evan-

gelio: Dios quiere que todos los hombres sean salvos, *«enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo»* (12-13).

Versículo 14: *«Quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad...»*. ¿Cuál es el efecto o la demostración del evangelio?

«...y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras». Esas son las buenas obras que muestran la verdad del evangelio en la vida de la iglesia y de los creyentes.

Y en el capítulo 3, un resumen del evangelio: *«Nos salvó, no por obras de justicia»* (v. 5), nos regeneró, nos dio el Espíritu Santo. *«...para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna»* (v. 7).

Y el resultado: *«Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza»*, en anunciar las verdades del evangelio, *«para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras»* (v. 8). Cuando el evangelio realmente está vivo en el corazón de la iglesia, necesariamente producirá esa misma compasión que Cristo tuvo cuando anduvo en

esta tierra. Si esto no está ocurriendo, es porque el evangelio no está siendo predicado ni aun siendo creído como debe serlo en la iglesia.

El evangelio no solo es para el mundo; en verdad es para el mundo, para los que no han creído y están perdidos, pero también debe ser constantemente predicado a la iglesia, porque, si no, nuestro corazón se desliza hacia los ídolos.

Siendo luz del mundo

Por último, ¿a quiénes llamó Dios a predicar el evangelio? ¿Quiénes tienen la comisión de ir por el mundo anunciando a toda criatura este evangelio glorioso? ¿Quiénes son responsables de predicarlo de manera inteligible, creíble y plausible? ¿Solo los apóstoles? Claro, Dios llama en particular a algunos hombres a dejarlo todo, involucrando su vida entera en la predicación del evangelio: los apóstoles y los evangelistas. Pero también todos nosotros somos llamados a anunciar a Cristo.

En tu trabajo, en tu barrio, en tu familia, en tus estudios, tú eres una luz que el Señor puso para el mundo; eres responsable de orar por esas personas, compadecerte de ellas, ayudarlas en sus angustias, mostrarles el carácter compasivo de Cristo. Dios necesita creyentes que

estén dispuestos a gastar sus vidas por este glorioso evangelio.

Aquello que tú tienes, el Señor no te lo dio solo para ti. En estos años, él nos ha prosperado, pero, ¿para qué? Para servirlo a él, para abrir nuestras casas, para acoger a otros; para gastar nuestro tiempo y nuestros recursos sirviendo al evangelio. Oh, que el Señor encienda una generación de jóvenes que estén dispuestos a ir a otros lugares donde las personas necesitan el evangelio.

Somos llamados a ser testigos de Jesucristo. El hermano Michael Green dice: «Al estudiar la historia de la iglesia primitiva y el éxito que tuvo al predicar el evangelio en el imperio, vemos algo asombroso: la mayor parte de la tarea no la hicieron los apóstoles ni los evangelistas, sino hombres y mujeres anónimos, como tú y como yo, simples, comu-

nes, pero que llevaron el evangelio y llenaron el mundo de la gloria de Cristo».

Eso puede volver a ocurrir. Podemos hacerlo otra vez, porque también nosotros fuimos ungidos por el mismo Espíritu Santo de Dios, que nos capacita para ser testigos de Cristo.

El Señor Jesús, viendo las multitudes hambrientas, dijo a sus discípulos: «Dadles vosotros de comer». Y cuando revisaron lo que tenían, solo hubo un muchacho con unos panes y unos pocos peces. ¿Pero qué era esto para tantos? Tal vez tú mires la necesidad del mundo, y pienses: ¿Qué es esto, para tantos? Pero, si pones tus recursos en las manos del Señor, él los multiplicará, y podrás alimentar a muchos. Que el Señor nos ayude. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2018.

Un enemigo está llegando

John Greenleaf Whittier (1807-1892), un cristiano americano, contemplaba las cataratas del Niágara, maravillado con la belleza de las aguas y sorprendido con el estruendoso ruido del agua.

Pero quedó más asombrado aún, cuando un indígena lo tomó del brazo y le dijo: «Un enemigo está llegando». «¿Cómo lo sabes?», preguntó Whittier. El guerrero replicó: «Porque oí el ruido de una rama quebrada». Whittier nada oía, sino el ruido de las aguas; mas los oídos del cazador habían percibido aquel quiebre, por sobre el estruendo.

En medio del tumulto del mundo, ¿tenemos la sensibilidad para oír los pasos furtivos de nuestros enemigos espirituales y así librarnos de las artimañas de la carne, del pecado y del mundo?

À Maturidade

Otro rasgo notable del carácter de Cristo, presente en el anuncio del evangelio.



Evangelio y sensibilidad

Gonzalo Sepúlveda

Bajo la inspiración de la grandeza del Evangelio, seguimos mirando a la persona de nuestro Señor, porque nuestro llamamiento es anunciarlo a él, y necesitamos conocer a Aquel de quien vamos a hablar. Necesitamos tener cercanía a su corazón, conocer cómo él es, y aprender más y más de su persona y de su carácter.

Por años hemos oído la expresión de Pablo cuando dice que él sufre dolores de parto hasta que Cristo sea formado en los hermanos. Cristo formado en nosotros. ¡Qué hermosa expresión, donde el rumbo está muy bien trazado! Menos yo, más Cristo. «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20), lo cual, siendo un versículo de la Palabra, ha de convertirse en una realidad.

A medida que el tiempo pasa, ¿en qué consiste la madurez del creyente? En ir asimilando más y más del carácter de Cristo como una realidad. Su carácter tiene que ir desplazando lo nuestro, y en esa tensión suele aparecer la carne, el carácter de «nuestro yo». Por ello, todos necesitamos su socorro y estamos hoy aquí para llenarnos del Señor. El Espíritu Santo nos quiere

seguir hablando acerca de esta gloriosa persona.

Convicción y sensibilidad

Ya hablamos de la convicción como un rasgo relevante del Señor. «*Sé de dónde he venido y a dónde voy*» (Juan 8:14). Él siempre actuó con la profunda convicción de quién él era. Él sabía de su gloria junto al Padre antes que el mundo fuese, y sabía hacia dónde regresaría.

El testimonio del bendito Espíritu Santo es sólido y contundente: «*...habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas...*» (Heb. 1:3). Este confirma el pleno agrado del Padre a la vida y misión de nuestro Maestro.

Recordemos estas dos palabras: convicción y sensibilidad. Si tan solo eso recordamos —qué implica esa convicción y esa sensibilidad—, habremos aprendido un poco más acerca de nuestro Señor.

La misión del Señor

«*Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del*

Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros» Luc. 4:16-21).

Aquellos que estuvieron presentes en la sinagoga fueron testigos privilegiados. Aunque queda claro en el contexto de que no entendieron nada, porque después querían lanzarlo a un despeñadero. «*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*» (Juan 1:11). Mas, pese a ello, el Mensajero, habiendo hecho su anuncio, salió a cumplir su misión, y nosotros hoy, somos parte de Su fruto.

Hay buenas nuevas para los pobres en espíritu, para los desamparados; hay salud, hay sanidad para los quebrantados de corazón, más allá de la sanidad física; es la sanidad de los corazones heridos, frustrados. La grandeza del evangelio alcanza a los cautivos, a los ciegos, a los oprimidos. Jesús vino a predicar el año agradable del Señor.

De inmediato, vemos el foco del Señor. Él no vino a los buenos ni a los sanos, sino a los enfermos, a los necesitados. Él tenía la sensibilidad para saber a quiénes tenía que alcanzar.

Esto éramos nosotros, hasta que le conocimos. Y ahora tenemos la encomienda del evangelio. Nosotros tenemos que aprender del Señor, porque este mismo evangelio está presente en nosotros, y el foco sigue siendo el mismo, pues el mundo sigue lleno de pobres, de quebrantados, de cautivos, de ciegos y de oprimidos que esperan este mensaje.

La sensibilidad de Jesús

Al considerar la sensibilidad del Señor por la necesidad del hombre, en las Escrituras es abundante el registro de esta virtud que el Señor tuvo. Primeramente, su sensibilidad para con Dios el Padre, para interpretar Su voluntad y para agradecer su corazón.

«Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada» (Juan 8:28-29).

¡Qué alta es esta medida! Al leer seriamente las Escrituras y considerar nuestra condición, ¡nos vemos tan pequeños! Si nos vemos como hombres, considerando nuestras debilidades, esto sería un objetivo inalcanzable. Pero no es esa nuestra realidad. Hoy nosotros sabemos de dónde venimos. Estábamos destituidos, pero ahora estamos justificados; estábamos en Adán, en condenación, pero ahora estamos en Cristo. Vivimos en la carne, pero no tenemos confianza en ella.

El Señor Jesús dijo: *«Yo hago siempre lo que al Padre le agrada»*. El Señor nos ayude a desarrollar, a cultivar esa sensibilidad y a crecer en ella. ¿Qué es lo que al Padre le agrada que yo haga? ¿Cómo voy a agradecer al Padre en estos días, en las decisiones que tengo que tomar en lo individual? ¿Cómo vamos a agradecer al Padre en nuestra vida colectiva, como iglesia, como cuerpo, en cada localidad, en la función que tenemos, en la obra, como ancianos, como diáconos, como hermanos?

Porque todos somos sacerdotes, siervos y siervas del Señor. Hemos de apropiarnos de lo que es de Cristo. El Señor tiene que ir siendo formado cada día más en nosotros. Estamos mirando al Señor, estamos conociéndole. El Señor, que debe ser predicado por la iglesia, tiene que

ser conocido por la iglesia, y más aún, el mismo carácter del Señor debe ser encontrado en sus siervos. El Señor nos socorra para que crezcamos en esta sensibilidad, para saber cómo hemos de agradecer a Dios.

De la insensibilidad a la compasión

Esta sensibilidad del Señor la encontramos también en otro pasaje que hemos leído a menudo. «*Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén. Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?*» (Luc. 9:51-54).

¡Qué insensibilidad! Eran discípulos del Señor, y no habían aprendido de su Maestro. «*Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea*» (v. 55-56). El Señor tuvo sensibilidad para con la salvación de los samaritanos. Él

vino por todos, y no podía dejarlos afuera.

Es interesante lo que se lee más adelante. Cuando el evangelio comenzó a ser predicado, Hechos 8:25 dice: «*Y ellos (Pedro y Juan), habiendo testificado y hablado la palabra de Dios, se volvieron a Jerusalén, y en muchas poblaciones de los samaritanos anunciaron el evangelio*». Juan había cambiado, había aprendido de la sensibilidad de su Maestro. Ya no pedía juicio sobre los samaritanos. La grandeza del evangelio transformó su corazón. Ahora él es sensible, y les lleva a Cristo, porque el evangelio es Cristo.

«*Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor de Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo*» (Hech. 9:31). Gracias al Señor, que siempre triunfa. Su vida y su mensaje consiguieron erradicar los prejuicios raciales que aun estaban presentes en el corazón de sus discípulos. «Otro fuego» vino primero al corazón de ellos, y consumió los celos y tradiciones vanas, y entonces el evangelio proclamado consiguió la salvación de aquellos que en otro tiempo estuvieron dispuestos a condenar. El Espíritu Santo logró tener iglesias en Samaria. ¡Qué preciosa es la sensibilidad del Señor!

La compasión del Señor

Volvamos a Lucas, y que las Escrituras nos continúen hablando. «Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba. También salían demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo» (Luc. 4:40-41).

Allí había mucha gente; el Señor pudo haber alzado una mano y todos los enfermos habrían sido sanados al instante. Él tenía poder para hacer eso y mucho más. Pero aquí leemos que él ponía las manos sobre **cada uno** de ellos. ¡Qué detalle es éste! El Señor se preocupa por la multitud, pero también tiene cuidado por cada persona. Nadie está olvidado, él es sensible a la necesidad particular de cada uno.

«Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos, y una gran multitud. Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad. Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No

llores. Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre» (Lucas 7:11-15).

Vemos aquí dos multitudes que se encuentran, unos siguiendo a Cristo, y otros saliendo de la ciudad; unos detrás de la Vida, y otros detrás de la muerte. Imaginen a esa viuda, totalmente desamparada. Su único sustento había muerto. ¡Qué desesperanza, qué dolor! Jesús fue sensible ante el dolor de la enlutada, al punto de devolverle a su hijo vivo. «Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios» (v. 16). Ambas multitudes se unieron en alabanza al Señor. Esta es la grandeza del evangelio.

¡Qué tremendo es esto! El evangelio del que hablamos es acerca de una Persona que sana, que consuela, que liberta, que abre los ojos de los ciegos y que resucita a los muertos.

El corazón del Pastor

«Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desam-

paradas y dispersas como ovejas que no tienen pastor» (Mat. 9:35-36). ¡Qué hermosas palabras! Las conocemos, pero, al leerlas de nuevo, tocan nuestro corazón.

Este es nuestro Señor, este es nuestro Maestro. Él mira a las multitudes, pero con una sensibilidad interior. *«Tuvo compasión de ellas»*. ¿Eran personas salvadas, eran santos? No, eran pecadores. Y el Señor les miró con compasión, viendo la gran necesidad que tenían.

La necesidad de todo hombre es tener Pastor. Nosotros somos bienaventurados. *«El Señor es mi pastor; nada me faltará»* (Sal. 23:1). ¡Somos privilegiados, somos felices: tenemos Pastor! Pero, aquellos que disfrutamos la bienaventuranza de tener

grandeza del evangelio. Ahora tenemos el corazón del Señor; Cristo está siendo formado en nosotros. Este es el rumbo que él nos trazó; por años, hemos caminado en esta senda. ¡Qué privilegiados somos! Y el Espíritu Santo no descansa, hasta que lleguemos a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Y parte de esa plenitud es la compasión que él siente por las multitudes.

Nos impresiona el corazón del Pastor ¿Podemos entender el mensaje de estos días? Si este sentir suyo permanece en nuestros corazones, el Señor habrá obtenido ganancia en nosotros. Hasta aquí, nosotros hemos ganado. Todos nosotros podemos testificar de la fidelidad de nuestro Pastor, pero es tiempo de

Aquellos que disfrutamos la bienaventuranza de tener un Pastor, hemos de tener afinidad con Su corazón.

ner un Pastor, hemos de tener afinidad con Su corazón.. Lo que estamos enfatizando hoy es que nosotros somos siervos de este Pastor. Él nos está mirando ahora no solo como ovejas, sino como siervos suyos que hemos de sentir como él siente.

¿Qué agrado busca hoy el Señor de su pueblo? Este es el mensaje de la

que su sensibilidad sea también hallada en quienes la hemos gustado. El Cristo que mora en nosotros sigue mirando con compasión a los perdidos.

¿Por qué fracasan tanto los hombres? Porque están dispersos como ovejas sin pastor, y el diablo hace lo que quiere con ellos. ¡Pero Cristo

murió por ellos! El Señor nos dé su corazón, sabiendo que para él no hay caso perdido, porque la grandeza del evangelio puede tomar al peor de los hombres y hacerlo un siervo suyo.

«Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos» (Mat. 14:14). ¿A cuántos de nosotros querrá usar el Señor para manifestar esa compasión, mediante milagros? Poderoso es él para hacerlo.

«Y Jesús, llamando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino» (Mat. 15:32). ¡Qué compasión, qué sensibilidad! No han comido, y pueden desmayar en el camino; hay que proveerles alimento. ¡Tenemos tanto que aprender del Señor!

La lección de Zaqueo

En Lucas 19 tenemos otro fruto precioso. *«Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico, procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura» (Lucas 19:1-3).* A pesar de

todo lo enredado que estaba en sus negocios y de ser odiado por los judíos, este hombre quería ver a Jesús.

«Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa» (v. 4-5).

¿No es admirable el Señor? ¿Cómo supo que Zaqueo quería verle? Jesús no hizo esto en su condición divina, sino como hombre. ¡Cómo hemos de ser sensibles para reconocer ésa necesidad en algún vecino o amigo, o cualquier persona que tengamos cerca! ¿Cómo percibir esto? Sólo el Señor nos puede hacer sensibles. Esta persona quería verlo. ¡Y la sorpresa que le dio! *«Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso» (v. 6).*

Qué interesante es el versículo 7: *«Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador».* ¿Estaremos dispuestos a enfrentar un vituperio semejante? Cuando entendamos que el Señor quiere la salvación de una determinada persona, también él nos dará la gracia para soportar el precio de la crítica insolente. El

evangelio es suficientemente poderoso para cambiar al más vil pecador.

«Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado» (v. 8). Jesús no le estaba diciendo nada. Bastó la presencia del Señor. Y Jesús le dijo: *«Hoy ha venido la salvación a esta casa... porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido»* (v. 9-10).

Este es el corazón del Pastor. Hay un interés del Señor en buscar para salvar, no para condenar. ¡Qué precioso es el Señor! ¡Cuánto tenemos que aprender de su sensibilidad! ¿Podemos mirar la historia de Zaqueo y ponernos nosotros allí? ¡En el evangelio hay poder para salvación!

Cultivando la sensibilidad

Nosotros no podemos quedarnos detenidos. ¡Que nos socorra el Señor! ¿Cómo cultivar esa sensibilidad? ¿Cómo podemos percibir aquello que el Señor siente? ¿Cómo hacer lo que al Señor le agrada? Tenemos abundantes ejemplos de esto en el Antiguo Testamento.

«Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime» (Is. 6:1). Isaías fue a los pies del Señor. En la cercanía

del Señor, en la comunión con él, el profeta oyó la voz y supo de la necesidad de Dios: *«¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?»* (v. 8). Y él respondió: *«Heme aquí, envíame a mí»*. En la intimidad con Dios podemos cultivar esa sensibilidad y ser capacitados para responder a su llamado. ¿Qué quiere el Señor de ti y de mí? ¿A dónde me quiere enviar? ¿Cuándo tengo que hablar?

¿Qué decir de Ana, la madre de Samuel, el profeta que ungió rey a David? Y después, del linaje de David según la carne nació el Cristo. Cuando ella oraba, era tal la intensidad de su oración que pudo captar la necesidad de Dios en un tiempo de crisis espiritual. Entonces, dijo: *«...si dieres a tu sierva hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida...»* (1 Sam. 1:11). Y apenas lo destetó, fue y lo entregó, y Dios tuvo un profeta. La historia es emocionante ¡Qué sensibilidad mostró aquella sierva!

Pero en estos tiempos, ¿no tiene también necesidades el Señor? Hay una obra que hacer, hay un evangelio que predicar, hay multitudes dispersas. ¿Y quién irá? Vivimos en un tiempo de confusión y de tanta doctrina perversa. En estos días se requieren hombres sensibles para con Dios, para oír su voz e ir en el poder de su fuerza, y sensibles para con los

hombres, para interceder por ellos, llevándolos a Cristo.

Esta sensibilidad para con Dios y para con los hombres la vemos plenamente expresada en la persona de nuestro Señor, y necesitamos aprender de él.

Una antítesis

Esto también tiene una contraparte. En Filipenses 2 está hablando Pablo, preso por causa del Señor. *«Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vuestro estado; pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús»* (2:19-21). ¿Qué significa esto? ¿Qué pasó en el corazón, en tan poco tiempo?

Pablo se refiere a la sinceridad de Timoteo, y el resto de los colaboradores queda muy mal parado. Este pasaje es una antítesis de la sensibilidad. La insensibilidad es severamente juzgada aquí. ¡Qué horroroso es esto! *«Todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús»*. ¡Se está hablando de siervos de Dios!

La voluntad del Señor es todo lo contrario. No procurar agradarnos a nosotros mismos, sino buscar lo que

es de Cristo. «No yo, sino Cristo». Pero los hermanos ya se habían desviado; eran tiempos de apostasía, de debilidad y de confusión, ya estaban perdiendo de vista la gloria del Señor. ¡Una desgracia!

Que el Señor examine nuestros corazones. No estamos aquí con un dedo acusador. Esta palabra es muy fuerte. Es como para clamar: «Señor, que no me pase esto a mí». En esas palabras de Pablo, el Señor está juzgando con severidad a los cristianos insensibles, en cualquier época.

Es un riesgo hacer referencia a estas cosas en una predicación. Pero hemos visto a hermanos llorar, y hemos llorado juntos, con una frase como ésta: «¡Lo que tuve que vivir para entender el dolor de mi hermano, al que pasó por lo mismo que yo estoy pasando ahora!». Esto no se puede decir sin lágrimas. El Señor nos perdona, porque somos naturalmente insensibles al dolor de los demás, al dolor de la propia iglesia, a la necesidad, a la enfermedad, al dolor, al luto, a la angustia.

A Pedro

¡El Señor fue tan compasivo! Una vez resucitado, el Señor le dedicó a una sola persona más tiempo que a los demás. A los otros les habló en grupo. A Tomás, por ejemplo, le reprendió en público su incredulidad. Pero

a Pedro lo llamó aparte. ¡Qué habría sido de Pedro si el Señor no hubiese tenido la sensibilidad para percibir que su discípulo necesitaba esa palabra de aliento!

Pedro estaba tan desanimado; había negado a su Señor, lo había defraudado y no se podía perdonar a sí mismo. Es fácil imaginar que él oyó, llorando, aquellas palabras de su Maestro. El Señor lo llamó a solas, porque hay cosas que se deben decir en privado; pues en público podrían provocar aun más dolor.

El Señor tuvo sensibilidad para recuperar a su siervo que había llorado amargamente. Él no podía irse a los cielos sin esa conversación, y tal vez Pedro nunca hubiese podido predicar con la gracia que lo hizo después; no tendríamos sus epístolas ni el mensaje de Pentecostés.

Revisando nuestro corazón

Que esta palabra nos conmueva a todos. *«Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús»*. Buscar lo propio es vivir centrados en nosotros mismos, como los gálatas, que partieron por el Espíritu y terminaron en la carne. ¡Qué desgracia! ¡Y con qué severidad lo juzga el Espíritu Santo!

Que el Señor nos socorra en estos días, y cada uno pueda preguntar-

se: ¿Me estaré volviendo insensible? La espada afilada entre a nuestro corazón a través de esta pregunta. ¿Estamos perdiendo la sensibilidad por los hermanos? Si eso es así, ¿qué sensibilidad tendremos para los pecadores que están en el mundo?

Que el Señor nos perdone; que el Espíritu Santo nos escudriñe, porque vano sería llorar en público por esto, para ser vistos por los demás. Lo único que tiene valor es el juicio del corazón a solas con Dios. Lo que le interesa al Señor y conviene a la iglesia es que haya fruto; lo demás puede ser mera emoción. A la iglesia le hace bien la realidad, el corazón contrito y humillado, inclinado delante del Señor.

Reconozcamos que ninguno de nosotros es sensible por naturaleza. Tenemos sensibilidad en la carne; somos rápidos para sentirnos ofendidos. Cuando no se nos presta atención, somos como niños, y decimos: «No hay amor», porque buscamos que la atención esté puesta en nosotros.

Sin duda, necesitamos el carácter y la sensibilidad de Cristo. Necesitamos aprender a conocer al Señor a quien predicamos. ¿Cuánto de ese sentir está en nosotros? Tiene que ser su sensibilidad, porque la sensibilidad natural hace acepción de

personas. Eso es la carne; pero nosotros estamos huyendo de la carne.

Nosotros queremos tener el corazón del Señor. El Señor amó aun a sus enemigos. Pero nosotros tenemos el mismo Cristo. Que el Espíritu del Señor tenga ganancia en nosotros. Cristo en nosotros es la esperanza de gloria. Que el Señor nos perdone y nos socorra hoy.

Seamos severos en juzgar la insensibilidad, no la insensibilidad de otros, porque eso es fácil. Lo que el Espíritu Santo quiere hoy es que juzguemos lo insensible de nuestro propio corazón.

Ha llegado el día de reparar esa historia, de enderezar este camino torcido, de ordenar aquello que se volvió al revés. Que las prioridades estén como deben estar: primero Cristo, después yo; primero mi hermano, después yo. Ser sensible al dolor del hermano me preparará también para ser sensible al dolor del que anda en tinieblas y que aún no conoce al Señor.

El Señor restaure la iglesia, restaure el celo por la predicación del verdadero evangelio. Pues no estamos hablando tan solo de unos cuantos aspectos doctrinales o una fórmula para que las personas reciban al Señor, sino mucho más que eso. Tendrá que ser con paciencia, con dedicación y aun con dolor. Un predicador insensible no tendrá fruto.

La grandeza del evangelio es que nosotros tengamos el corazón, del Señor. Hemos hablado de convicción y sensibilidad. Que estas virtudes de Cristo se vayan formando en nosotros, y caminemos por este mundo con una convicción profunda.

Sabemos quiénes somos y a dónde vamos. Hemos recibido palabra, conocimiento y dones del Señor, pero juzguemos toda insensibilidad, porque la luz que hemos recibido no es para esconderla, sino para alumbrar al mundo.

Que el Señor nos socorra.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2018.

Mi parte y la parte de Dios

En cierta ocasión, le preguntaron a un joven creyente acerca de las circunstancias de su conversión. “Oh”, contestó él, “yo hice mi parte, y Dios hizo la suya. Mi parte fue la de huir, y la del Señor fue correr detrás de mí hasta darme alcance”.

Samuel Vila

El anuncio del misterio de Dios
manifestado en Jesucristo.



El evangelio eterno

Roberto Sáez

“

Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”.

— Apoc. 14:6-7.

El evangelio es eterno, y es precisamente por esta condición que el evangelio es grande. Es eterno, porque el que nos dio esta buena nueva es el Dios eterno, que desde siempre tuvo el designio de hacer al hombre a su imagen y semejanza, por cuanto Dios mismo se sentaría en el Trono del universo como Hombre. Eternamente lo pensó, según nos dice Pablo en Efesios, «conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (Ef. 3:11).

El hombre en el propósito divino

Ese propósito eterno que hizo Dios en Cristo Jesús era tener un hombre sentado en el Trono del universo. Esto es algo extraordinario. De to-

das las criaturas que Dios hizo, no hay nadie que tenga para él la calidad que tiene el ser humano.

A Dios le importa la adoración del ser humano más que la adoración que pueda darle toda la creación.

Toda la creación fue hecha para que adorase a Dios. «*Todo lo que respira alabe al Señor*» (Sal. 150:6). Todo lo creado está llamado a inclinarse ante la grandeza del Creador. Dios, en un orden de cosas, creó el universo, los astros, la luna, el sol y la tierra. Todo lo hizo para su gloria y para su alabanza.

Sin embargo, de quien más espera Dios ser reconocido en su grandeza, es del hombre. Porque Dios quiere compartir con el hombre su vida, su reino, su gloria, su autoridad. De tal manera que todo nos habla del amor de Dios, todo nos habla de la sabiduría y de la bondad de Dios.

Cuando aparece este ángel al final de la era nos hace pensar en el principio. En el Génesis, aparece Dios dándole al hombre una instrucción respecto del árbol de la vida y del árbol de la ciencia del bien y del mal, advirtiéndole que si come del árbol de la vida, será como él; pero si come del árbol que está en el medio del huerto, el árbol de la ciencia del bien y del mal, el día que coma de ese árbol morirá.

El evangelio, entonces, tiene estas dos connotaciones: es una buena nueva para quien obedece a su anuncio; pero también puede ser una noticia terrible para aquel que no se sujeta al orden establecido por Dios, al mensaje y a la advertencia que Dios da. Dios quiere que seamos como él es, él quiere que vivamos eternamente; quiere incluirnos en lo que él es, en lo que él tiene y en lo que él hace.

Dios es amor. Él es inclusivo; él quiere darse por nosotros. Entonces, hay que recibirlo a él, con su mensaje, con la intención que él tiene para nosotros de darnos vida. Aquel que cree y lo recibe, se une a él, tiene parte con él y es aceptado por él. El que no lo hace, el que no cree, se pierde, y viene al juicio de Dios.

Justicia y juicio

¿Qué es el juicio de Dios? Es el desajuste que produce el ser humano cuando no se sujeta a la justicia de Dios. La justicia de Dios es todo lo que él quiere para nosotros; es un tejido extraordinario, de atributos, de rasgos de Dios, determinada en leyes, preceptos y ordenanzas.

Los atributos de Dios (alrededor de 700 en las Escrituras), son los títulos de Cristo. Quien encarna toda la justicia, la ley y la palabra de Dios es el Señor Jesucristo.

Las palabras de Apocalipsis que el ángel proclama, pueden ser comparadas con Romanos 1 y 2. «*Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas*» (Apoc. 14:7). Hay una demanda: temer a Dios. ¿Por qué temer a Dios? Porque quien se aparta de la justicia divina se desprende del carácter de Dios, cae y queda destituido.

«*Y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra*». Quien encarna de manera especial el ajuste divino es precisamente nuestro Señor Jesucristo. Al concluir su misión, él dijo: «*(Padre), yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese*» (Juan 17:4). Él vino para glorificar a Dios.

El evangelio ha sido predicado de muchas maneras, desde el comienzo. Es el evangelio eterno, que en el inicio Dios lo comunicó al primer hombre, dándole la buena nueva de comer del árbol de la vida. Pero el hombre desobedeció y quedó en la condición de un ser caído. Dios espera que nosotros le creamos, que le recibamos y le demos gloria.

«*(Dios) pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria, honra e inmortalidad*» (Rom. 2:6-7). Ahí está el árbol

de la vida. Dios es eterno y quiere compartir la eternidad con nosotros.

Hay una conexión con el Dios del evangelio eterno para aquellos que perseveran en hacer el bien. El bien de Dios es todo lo que él quiere para nosotros, la buena nueva, aquello que Dios nos da en Cristo.

Por lo tanto, los que se ciñen a su justicia, los que buscan la gloria y la satisfacción de Dios, buscan sentirse tan satisfechos como se siente Dios, contentos de ser lo que son. Hay una profunda satisfacción, un gozo de saber que somos lo que somos, por la gracia de Dios.

Así que, si alguien se siente frustrado, es que no conoce la justicia de Dios. Ahora, nunca podremos conseguir ser justos por nosotros mismos. La primera condición para sentirse contento de saber que estoy bien conmigo mismo, conforme con quien soy, es sentirme justificado. Nuestras obras nunca nos darán esa paz; solo por la fe en Jesucristo tenemos la justificación y el perdón.

La justicia de Dios nos es imputada por gracia, por la obra de Jesucristo. Esto es parte del evangelio. El evangelio es grande, porque nos da aquello que nunca pudimos lograr por nuestros méritos. No podemos pensar que podemos conseguir algo de Dios por nuestros méritos.

La justicia y la paz

¿Ha encontrado usted la paz de Dios, la paz de Cristo? Romanos 2:10 dice: «...pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno». Satisfacción, alegría, bienaventuranza, gozo, son sinónimos de la palabra gloria. Todo esto para los que perseveran en hacer el bien, y junto con eso, honra y paz. Todo esto está relacionado con la justicia y la paz.

La justicia es el conjunto de todos los atributos de Dios, que tiene como fruto la paz. La paz es también un tejido. Para que haya paz, tiene que haber amor, verdad, comprensión, fidelidad, lealtad, honestidad, transparencia, pureza. Todos los atributos de Dios que conforman su jus-

tonces, hasta que vino Cristo, como dice el Salmo 85:10, «*la justicia y la paz se besaron*».

¡Qué cantidad de cosas se requieren para que haya paz! ¿Cómo nosotros conseguiríamos la paz? Tendríamos que ajustarnos a todos los atributos de Dios, para llegar a tener paz. Pero hoy tenemos paz para con Dios por medio de la fe en Jesucristo.

El misterio de la piedad

«*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria*» (1 Tim. 3:16). Aquí se detiene toda discusión. Hay Uno que vivió conforme a

El anuncio del evangelio consiste en haber visto a un hombre semejante a Dios, y que vivió como tal.

ticia, constituyen, como efecto, la paz. La paz es fruto de un carácter.

Cuando transgredimos la justicia, se rompe la paz. «*No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos*» (Is. 57:21). La impiedad consiste en tener un comportamiento apartado de la justicia divina. Desde Adán hasta hoy, ese ha sido el problema, el desajuste. En-

la piedad. La piedad refleja lo que es Dios; es el comportamiento de un ser humano que es semejante a Dios.

¿En qué consiste el misterio de la piedad? Es que nunca realmente habíamos conocido a alguien que se pareciera a Dios. ¡Qué precioso! Por fin, se manifestó un Hombre que nos

mostró a Dios. Dios se mostró en un ser humano. Por fin, Dios apareció; nadie lo había visto jamás; pero ahora le vemos.

«*Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos*» (1 Juan 1:3). El anuncio del evangelio consiste en haber visto a un hombre semejante a Dios, y que vivió como tal. ¡Qué precioso es lo que Dios mostró en Jesucristo! Él, siendo Dios, vivió en la tierra como hombre. Jesús sanó enfermos y resucitó muertos, no porque era Dios, sino estando en condición de hombre, dependiendo del Padre.

Jesús caminó sobre el agua. Los griegos decían que un ser humano no puede caminar sobre las aguas. Entonces apareció la herejía llamada docetismo, que niega la humanidad de Jesús. Esa es una mentira del diablo. Jesús es hombre, es Dios encarnado; es Dios y hombre verdadero. Es incomprendible para la mente. «*¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?*» (Mat. 8:27).

El Verbo eterno de Dios

El Verbo de Dios estuvo eternamente cara a cara con Dios. «*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*» (Juan 1:1). El texto original dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba vuelto hacia Dios, y el Verbo era

Dios». ¡Qué maravilloso! Dios, eternamente, mirándose cara a cara. La Trinidad: el Padre viviendo en el Espíritu, el Hijo en el Padre, el Espíritu viviendo en el Padre y en el Hijo, en una danza eterna, llenos de gozo, mirándose el uno al otro.

Por eso, cuando Dios crea al hombre, leemos: «*Varón y hembra los creó*» (Gén. 1:27). Eso significa que son dos que se están mirando cara a cara. La imagen de Dios, lo que Dios es, así él nos hizo, para que el hombre y la mujer se miren uno al otro, y vivan en comunión una vida compartida. Así es Dios. Dios es uno, pero en conjunto, y Dios espera que en el matrimonio seamos uno, una sola carne, en conjunto.

En todo esto vemos cómo es la manifestación de Dios, primero pre-encarnado. Luego, éste que estuvo desde el principio, y que era desde el principio, el que es el origen de todas las cosas, el Alfa y la Omega, el principio y el fin, se encarnó.

Vimos la herejía de algunos cristianos griegos, intelectuales, negando la humanidad de Cristo. Pero algunos cristianos judíos de Antioquía negaban la divinidad del Señor. Y estas son la fuente de todas las herejías surgidas en el cristianismo.

Pero el Espíritu Santo, a través de Pablo, pone la nota final, para dete-

ner estas herejías, diciendo: «*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria*» (1 Tim. 3:16).

Dios es un misterio, pero Pablo testimonia que a él le fue revelado ese misterio que estuvo oculto por los siglos y edades. A él le fue dada la gracia de recibir la revelación del misterio de Dios, que es Cristo. Esto dejó de ser un misterio cuando Dios se manifestó en carne, en Jesucristo. El texto de 1 Timoteo 3:16 fue uno de los primeros cánticos de la cristiandad. Los primeros creyentes fueron judíos, tenían el Salterio y cantaban himnos y muchos cánticos. Cada frase de esta Escritura puede ser un mensaje.

Justificado en el Espíritu

Una vez que el Señor estuvo aquí como el Enviado de Dios, el Mesías manifestado en carne y sangre, fue «*justificado en el Espíritu*». Fue engendrado por el Espíritu, creció guardado y vindicado por el Espíritu Santo. La vida que él vivió como hombre, la vivió lleno del Espíritu Santo.

Cuando Jesús fue bautizado, el Padre lo ungió con el Espíritu Santo, cumpliendo las palabras del sal-

mista. «*Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino. Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros*» (Sal. 45:6-7).

La justicia y la maldad son dos cosas que están siempre en antagonismo. El óleo de la alegría es el óleo de la gloria, de la satisfacción, de la bienaventuranza, el estar contento con ser lo que soy. El Señor Jesucristo es el más feliz de todos los hombres, porque fue ungido con el óleo de la alegría. Nadie es mayor que él, el Rey de reyes y Señor de señores, el Príncipe de los pastores. Él supera a todos.

Nuestro Señor Jesucristo viene a hacer una obra representativa. Es el vicario de Dios ante los hombres, y vicario de los hombres ante Dios. Él se pone en el punto intermedio, y es el punto de encuentro entre Dios y los hombres. El propiciatorio era el lugar del templo donde se depositaba la sangre. Y la sangre hacía propiciación, hacía posible que el Dios santo y justo se encontrara con el pecador.

Cristo es nuestra propiciación. Esta es la tremenda obra que ha hecho posible que tengamos esta gloria, esta satisfacción de ser lo que so-

mos, porque por nuestros méritos nunca lo habríamos logrado. El Señor es el vicario, nuestro representante ante Dios, y por su justicia nosotros fuimos declarados justos.

El anuncio del evangelio

Ahora, hay una aplicación de todo esto. La palabra de Dios nos demanda anunciar todo esto. El evangelio es anuncio, es buena nueva. «*¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación!*» (Is. 52:7). «*Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas*» (Sal. 126:6). Así se describe a los mensajeros, a los predicadores.

¿Quisieras tú ser un mensajero del Señor, aceptando la comisión divina de ser portador de este mensaje? Predicamos no solo con las palabras. Martyn Lloyd-Jones, en su libro *Depresión Espiritual*, critica el rostro abatido de muchos creyentes, que no reflejan la gloria del Señor, y los describe como ‘cristianos miserables’, porque no han aprehendido las riquezas de Dios en Cristo, y su rostro no refleja el gozo del Señor. Por tanto, aunque puedan hablar, no transmiten la vida, porque su rostro dice otra cosa.

Por supuesto, no se trata de aparentar una alegría externa. Hay una obra interna y profunda del Señor, donde la paz de Dios y la fe que no es algo intelectual, sino la misma fe de Cristo que opera en nosotros. Eso es algo espiritual. Si no tenemos eso, no seremos efectivos en nuestra predicación.

Se requiere un acto de consagración. Si usted no está impresionado con la grandeza del evangelio, si el evangelio no lo ha impactado, no podrá cumplir la demanda de Dios a través del ángel, al final del tiempo: «*Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado*».

El gran conflicto de los siglos es la lucha entre el bien y el mal, entre la potestad de las tinieblas y el reino de la luz, entre la justicia y la injusticia. Este debate tendrá un fin cuando Dios disponga el juicio final. «*Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra*». Esta orden de adorar a Dios es de adorarlo por su grandeza, por sus virtudes, por sus atributos.

Id y predicad

«*Alabad a Jehová, invocad su nombre; dad a conocer sus obras en los pueblos*» (Sal. 105:1). El Señor Jesucristo dijo: «*Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por*

tanto –con esta autoridad–, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado» (Mat. 28:19-20). Esta es la orden. Y la promesa: «Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (v. 20).

Esto es lo que se llama 'la gran comisión'. Hay experiencias extraordinarias al respecto. Numerosos misioneros y misioneras han dado su vida por la grandeza del evangelio. Si el evangelio no fuera grande, ¿habrían muerto todos los apóstoles como murieron?

Jesús les había dicho: «¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos» (Mat. 20:22). Él les estaba hablando de la copa amarga de la cruz. Ellos le dijeron que sí, aunque en aquel momento no sabían lo que estaban diciendo; pero cuando llegó la hora, cada uno de ellos murió por Cristo.

Si Cristo no fuera realmente lo que ellos testificaban, ¿habrían muerto por él? ¿Sería alguien capaz de morir por una falsedad? Si ellos murieron por Su causa, es porque estaban absolutamente convencidos de sa-

ber quién era Cristo, del valor que tenía Cristo.

El poder transformador del evangelio

En 1951, llegaron a Ecuador dos matrimonios de misioneros americanos para evangelizar a los nativos. Los dos varones fueron muertos por los caníbales, quienes se los comieron. ¿Usted cree que sus esposas hicieron las maletas y se fueron llorando a Estados Unidos? No. Ellas se quedaron a vivir con sus hijos entre los indígenas. Y ellos, al ver el testimonio de estas mujeres, nunca más mataron seres humanos, y desapareció para siempre el canibalismo en aquellos lugares.

La grandeza del evangelio tiene el poder de transformar al más vil pecador. Así dice el famoso himno Sublime Gracia. «Quién iba a pensar que Dios iba a salvar a un hombre tan vil como yo». El autor de este himno era un traficante de esclavos. ¡Dios puede perdonar; el evangelio puede restaurar a un pecador de esa calaña! Pablo dice: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Tim. 1:15). ¿Puedes tú decir lo mismo?

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2018.

Reflexionando sobre los rasgos más significativos de la iglesia en el principio de su historia.



La iglesia en Éfeso

Christian Chen



La iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”.

– Hechos 20:28.

Antes de su martirio, Pablo escribió la segunda carta a Timoteo. Al final de ella, él menciona a varios de sus colaboradores más cercanos, entre los cuales está Trófimo, un hermano de la iglesia en Éfeso. Al estudiar la iglesia en Éfeso, debemos familiarizarnos con él. Su nombre no es tan familiar, pero está en el corazón del apóstol. «*Erasto se quedó en Corinto, y a Trófimo dejé en Mileto enfermo*» (2 Tim. 4:20).

Mileto es el puerto donde Pablo se despidió de los ancianos. Allí, todos lloraron al verlo partir. Pablo llevaba prisa y olvidó algunas cosas. Por eso pide a Timoteo que venga en invierno y le traiga su capa y los libros. Pablo era ya maduro, pero aún necesitaba buscar al Señor, aún seguía corriendo la carrera.

Los inicios

La historia de la iglesia en Éfeso tuvo un punto de inflexión. Antes de aquello, Éfeso parecía

haber alcanzado la cima. Pablo les instruyó sobre todo el consejo de Dios. Parecía imposible llegar más alto; pero algo ocurrió, y está relacionado con Trófimo. Si ignoramos esto, no entenderemos del todo la carta a los Efesios. Él es la clave para ver más claramente cómo era la iglesia en el principio.

La historia de la iglesia en Éfeso empieza en el libro de los Hechos. Hemos oído acerca de Apolos. En el principio, mientras Pablo estaba en Antioquía, Apolos vino a Éfeso y fue usado por el Señor. Sin embargo, algo le faltaba a él. Eso es lo maravilloso del cuerpo de Cristo. Priscila y Aquila eran simples miembros del cuerpo, que fueron instruidos por Pablo y se trasladaron a Éfeso. De acuerdo al propósito de Dios, ellos fueron a Éfeso porque un día Apolos estaría ahí y Dios lo usaría; pero él necesitaba ayuda.

A menudo, cuando alguien sirve a Dios, puede ayudar a otros; pero él mismo no quiere recibir ayuda. Es tan exitoso, está tan lleno. Pero, no importa cuán elocuente o cuán útil seas, siempre te falta algo y otros pueden ayudarte. Pablo dijo: «Yo soy el menor entre los santos». ¿Puedes tú decir lo mismo? Cada miembro del cuerpo podría ayudar a Pablo. Tal es el espíritu detrás de esa declaración.

Apolos mismo, siendo un obrero, estaba dispuesto a ser corregido o ser confirmado. Él conocía la voluntad de Dios, pero también conocía sus limitaciones. Entonces Dios movió a Priscila y Aquila. Apolos fue alentado a visitar Corinto, y allí sirvió a la iglesia. Apolos y Pablo son espirituales; pero los santos allí son creyentes nuevos. Por eso, algunos de éstos dijeron: «Yo soy de Apolos».

Pablo en Éfeso

Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo vino a Éfeso, como en un cambio de guardia. El Espíritu está detrás de eso. En Éfeso, el apóstol encontró discípulos. Así comenzó todo. Allí, los santos eran conocidos como los del Camino, y los creyentes en Antioquía eran llamados cristianos. El Camino es un término usado por Pablo mismo cuando perseguía a la iglesia.

Al comienzo, Pablo estuvo tres meses en la sinagoga de Éfeso, intentando convencerlos. *«Pero endureciéndose algunos y no creyendo, maldiciendo el Camino delante de la multitud, se apartó Pablo de ellos y separó a los discípulos, discutiendo cada día en la escuela de uno llamado Tiranno. Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos*

y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús» (Hech. 19:9-10).

Este es un rasgo importante de la iglesia en Éfeso. En la despedida de los ancianos, Pablo describe lo que había estado compartiendo con ellos. *«Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos; y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas»* (Hech. 20:18-20).

Éfeso es una iglesia madura, aquella que recibió la más alta revelación; pero no fue edificada de la noche a la mañana. Pablo predicó con denuesto, *«porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios ... Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno»* (Hech. 20:27, 31). A pesar de esa inmadurez, Pablo no solo plantó la iglesia; también esperó que creciera. En tres años, la iglesia fue instruida. Pablo puso un fundamento sólido.

Después de dos años, Pablo arrendó el local de la escuela de un filósofo llamado Tiranno. Allí predicó unas cinco horas cada día por dos

años, de forma que todos oyeron el evangelio, judíos y gentiles, los que vivían en Éfeso, Colosas, Filadelfia, Sardis y Hiérapolis. Allí, él derramó su ser y todo lo que sabía sobre el eterno consejo de Dios. El Espíritu Santo nos dejó todo lo que juzgó apropiado, en Romanos, Gálatas, 1 y 2 Corintios.

En Romanos vemos la salvación: la justificación por la fe, la santificación por la fe y la glorificación por la fe. Romanos parte de la condición del hombre ante Dios. Estas cartas llevan a los santos a la escuela de Cristo. Su idea central es la palabra de la cruz; no solo la redención, sino también la comunión de la cruz.

Un punto de quiebre

Pero, entonces, algo ocurrió, y a causa de eso, Pablo fue elevado de su nivel original y pudo ver algo mucho mayor. En la prisión romana, los cielos se abrieron para él. Su carta a los Efesios es el mismo evangelio, pero visto desde los lugares celestiales. Y no solo nos muestra los cielos, sino que nos lleva a la eternidad pasada, antes de la fundación del mundo.

La visión de Pablo fue ampliada. Él escribe Romanos a los santos que viven en la capital del imperio. Como judío, él sabía que un día el reino del Dios vendría por medio del Mesías; entonces, su punto de vista era glo-

bal. Pero, al escribir Efesios, es distinto; ahora su visión es celestial.

Cuando el hermano Austin-Sparks era joven, visitó a F.B. Meyer, un predicador ya maduro. Sparks entró en su oficina y vio una placa en la que se leía: «Mira hacia abajo». Sparks, intrigado, dijo: «Pero los cristianos tenemos que mirar hacia arriba, no hacia abajo». Meyer explicó: «Todo depende de dónde estás, si estás en la tierra, miras hacia arriba; pero si estás en los lugares celestiales con Cristo, sin duda, miras hacia abajo». Todo se inicia en los cielos. Esa es la carta a los Efesios.

Un drama en Jerusalén

Tras su despedida de Éfeso, Pablo llegó a Jerusalén, donde reportó todo lo que había ocurrido con los efesios. «Cuando ellos lo oyeron, glorificaron a Dios, y le dijeron: Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley» (Hech. 21:20). La última frase es crucial: «Y todos son celosos por la ley». ¿Es eso la iglesia o es una rama del judaísmo?

«Haz, pues, esto que te decimos: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen obligación de cumplir voto. Tómalos contigo, purifícate con ellos, y paga sus gastos para que se rasuren la cabeza; y todos comprenderán que no hay nada de lo que se les

informó acerca de ti, sino que tú también andas ordenadamente, guardando la ley» (v. 23-24).

Pablo era hombre de principios; él predicaba la verdad del evangelio. Pero, bajo la presión de los santos en Jerusalén, Pablo claudicó. Y en este punto, Dios no esperó más. Solo un poco más, y ya no habría más el Camino. Si Pablo seguía la tradición, todos serían cristianos viviendo a la sombra de su pasado.

Pablo conocía bien la verdad evangélica y debió afirmar esa verdad, pero fracasó. Pero, aunque sus siervos puedan fallar, Dios jamás falla. Si aquello continuaba, la iglesia caería bajo el dominio judaizante, y ya no sería el Camino. Entonces, el Señor tuvo que actuar.

«...unos judíos de Asia, al verle en el templo, alborotaron a toda la multitud y le echaron mano, dando voces: ¡Varones israelitas, ayudad! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, la ley y este lugar; y además de esto, ha metido a griegos en el templo, y ha profanado este santo lugar. Porque antes habían visto con él en la ciudad a Trófimo, de Éfeso, a quien pensaban que Pablo había metido en el templo. Así que toda la ciudad se conmovió, y se agolpó el pueblo; y apoderándose de Pablo, le arrastraron fuera del templo, e inmedia-

tamente cerraron las puertas» (Hechos 21:27-30).

De allí en adelante, Pablo estuvo en prisión, y así llegó a Roma. Por eso, en Colosenses dice: «Acordaos de mis prisiones», y en Efesios se identifica como «prisionero del Señor».

Una pared de separación

¿Qué ocurrió aquí? Pablo y Trófimo viajaron de Éfeso a Jerusalén. Como judío, sin duda, Pablo conocía bien la ciudad y el templo. Pero todo aquello era nuevo para Trófimo, quien vivía en Asia Menor. Este gentil nunca soñó que un día vería el templo. Su primer día en Jerusalén debió ser sorprendente, pero en el templo también había algo singular.

Pablo y Trófimo llegan al área llamada el patio de los gentiles. Aquel era el lugar donde los no judíos podían entrar y orar. En el centro de todo estaba el templo propiamente tal.

Durante las fiestas, los judíos, que pertenecían a la casa de Dios, entraban por la puerta Hermosa hasta el templo mismo. Pero antes de éste, había una pared de separación, no muy elevada, que lo rodeaba.

Ahora, ¿cómo sabes si estás cerca o lejos de Dios? Depende de cuán cerca estás del templo. Solo pertenecían a la casa de Dios aquellos que podían cruzar esa pared. Entonces dirían: «Nosotros estamos muy cerca de Dios». La presencia de Dios

Pablo dijo: "Yo soy el menor entre los santos". ¿Puedes tú decir lo mismo?

En el griego del Nuevo Testamento, hay dos palabras para el templo. Una se refiere al templo mismo, el patio exterior, el lugar santo y el Santísimo. La otra expresión alude a todo el conjunto del templo. Aquel templo había sido construido por Herodes el Grande, quien lo amplió hasta dos veces el área original. Hoy, todo está destruido, pero era la más grande plaza religiosa del mundo en su época.

estaba solo a veinte metros de distancia, pero ellos olvidaron que, de hecho, estaban a millones de kilómetros de distancia de Dios, pues eran pecadores.

Trófimo era un gentil, y entendió: «Los gentiles estamos fuera del pacto, no tenemos Dios ni esperanza». Por primera vez, él se sintió extranjero, no porque venía de Éfeso, sino que pensó de sí mismo como alguien que venía desde el fin de la tierra.

¿Por qué Pablo fue acusado de introducir a un griego en el templo, contaminándolo? Porque vieron a Trófimo en la ciudad; supusieron aquello, y por eso arrestaron a Pablo. Eso vio Trófimo. Imaginemos sus sentimientos al saber que Pablo había sido arrestado a causa de él. Al principio, Trófimo estaba tan feliz, pero ahora no vería más el rostro del apóstol.

Trófimo volvió a Éfeso. Como testigo ocular, pudo describir lo ocurrido, los edificios que vio, y aquella pared de separación. «Nosotros estamos lejos de Dios, ellos están cerca; esa pared nos divide». Aquel muro de separación es la mayor barrera que existe bajo los cielos.

En Éfeso, estaban todos afligidos, sabiendo que Pablo estaba preso por causa de Trófimo. Por esa razón, esperaban una carta de Pablo. Y gracias al Señor, un día apareció Tíquico. «*Para que también vosotros sepáis mis asuntos, y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor, el cual envié a vosotros para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros, y que consuele vuestros corazones*» (Ef. 6:21-22).

La realidad en Cristo

Al leer el capítulo 2, podemos valorar todo. «*Por tanto, acordaos de*

que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación» (Ef. 2:11-14).

Trófimo inmediatamente se acordó de aquella pared de división. Toda la iglesia sabía de esa pared que provocó tantos dolores. Pero ahora oigamos lo que Pablo dice.

«...aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciuda-

danos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Ef. 2:15-19).

Al entrar por esta Puerta Hermosa, entonces sí somos *«edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Ef. 2:20-22).*

Ahora todo el mensaje se hace vivo a los ojos de los santos. En Efesios, Pablo habla de la esperanza de Su llamamiento, y ese llamamiento ya no es individual, sino corporativo. Antes de Efesios, creíamos conocer todo el consejo de Dios; pero ahora se nos muestra cuando Cristo ascendió a los cielos siendo hecho cabeza de todas las cosas. Todas las cosas están bajo sus pies. Y entre la cabeza y los pies está el cuerpo de Cristo, la iglesia, *«la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Ef. 1:23).*

La iglesia redimida está ahora en la posición de Adán antes de su caída, en la idea original de Dios. Él creó al hombre un poco menor que los ángeles. Adán podía tomar del árbol de la vida, si permanecía al lado de Dios, y Dios pondría al enemigo en vergüenza. Pero, por desgracia, el hombre cayó.

Según la voluntad de Dios, Adán sería el rey de la tierra. Cuando él estuviera bajo el Señor como cabeza, Dios sería el todo en todos. El hombre traería todas las cosas de vuelta a Dios mismo. En Efesios 1 vemos el propósito eterno de Dios: todo el universo, cielos y tierra, reunidos bajo el señorío de Cristo. Cuando la iglesia está realmente sujeta a Cristo como cabeza, ella predica el evangelio, gana las almas para Cristo y pone todas las cosas bajo Sus pies. De esa manera, Dios recuperará todo aquello que se había perdido.

En los lugares celestiales

Esta es la visión celestial. Pablo pasó por la disciplina, sus ojos se abrieron, y ahora él nos muestra que la iglesia es el cuerpo de Cristo. Pero no solo eso. En su discurso de despedida, él habló acerca de la palabra de la gracia. Esta palabra implica recibir una herencia. ¡Qué maravilloso! La palabra de gracia nos fue confiada para que podamos disfrutar a Cristo como nuestra herencia y esa frase también se repite en el capítulo 1 de Efesios: *«Hemos obtenido una herencia».*

Cuando todo aquello ocurrió, Pablo fue encarcelado y la iglesia en Éfeso sufrió mucho; pero ahora llegan noticias alentadoras. Pablo estuvo con Cristo en los cielos y también vio que

nosotros estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales. Al principio, él no entendía por qué perdió su libertad. Pero un día, la palabra vino a Pablo y gradualmente vio el significado de la prisión.

Antes que una mariposa pueda volar, solo es una oruga, un gusano que solo se mueve en un terreno de dos dimensiones. No logra ver aquella dimensión llamada cielo, como Jacob. Dios le dijo: «Gusano de Jacob», y le mostró la escalera celestial. Incluso hoy, los ojos del pueblo judío solo ven esta tierra. Para ellos, un día el reino mesiánico llenará la tierra física. Ellos no conocen la dimensión llamada cielo.

Si tú tienes la realidad de una mariposa, la vida está ahí, y ella se manifestará. Por eso, Pablo habla sobre el poder sin el cual nada puede ser realizado: el poder de resurrección y el poder de ascensión. Él estaba con Cristo en los cielos, aunque en su experiencia estuviese en prisión. Pero, por la vida de ascensión, al vivir el cielo en la tierra, él pudo escribir las cartas a los Efesios, Colosenses, Filipenses y Filemón.

Es posible experimentar la vida de resurrección sobre la tierra, pero cuando estás en medio del conflicto, solo el poder de ascensión te levantará y te pondrá en un punto en que verás todo desde los cielos.

Cuando los misioneros al interior de China fueron perseguidos, en 1900, la nuera de Hudson Taylor, escribió: «En los días más terribles, por supuesto, había temor; sin embargo, teníamos una maravillosa comunión con el Señor. Al mirar hacia atrás, no sabemos si aquellos días eran en la tierra o en el cielo».

La herencia de Dios

La vida de ascensión nos permite mirar todo desde arriba, y así entender cuál es *«la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos»*. Pero antes de esta frase, hay otra que es sorprendente: *«...cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos»*.

En Efesios 1:11, *«tuvimos herencia»*. Eso lo entendemos sin problema. Pero, ¿cómo entender la herencia de Dios en los santos? Sí, nosotros disfrutamos a Cristo como nuestra herencia, pero hay otra parte: Dios deberá recibir su herencia en los santos. Tú dices: «Pablo aquí quizás se equivocó. Entendemos cómo Cristo puede ser nuestra herencia, ¿pero me dirás que Dios tendrá una herencia en nosotros?».

La palabra herencia permea toda la Biblia. En la primera parte del Antiguo Testamento, cuando se habla de herencia, siempre se refiere a la tierra prometida. Esa era su esperan-

za. Pero la tierra es solo un medio para alcanzar un fin. Entrar en ella es disfrutar a Cristo como su herencia. Pero en la parte final del Antiguo Testamento, la herencia alude al pueblo de Dios. Cuando el pueblo madura y obedece la voluntad de Dios, esa es la herencia de Dios. Es la misma idea en el lenguaje del Nuevo Testamento.

No solo Cristo es nuestra herencia, sino también nosotros seremos Su herencia. Humanamente, eso es imposible. Por eso Pablo habla del poder de resurrección y el poder de ascensión. En Efesios 3, ese es el poder con que Dios obra en nosotros. Hoy conocemos a Cristo como nuestra herencia, pero un día nosotros llegaremos a ser Su herencia, y eso ocurrirá cuando él se presente a sí mismo la iglesia gloriosa.

En Efesios, como en Colosenses, Pablo usa a menudo la palabra *plenitud*. Tras ella siempre hay un vaso en mente. La plenitud de Cristo es tan grande, y Dios sabe que solo el cuerpo de Cristo puede contenerla.

Amor y plenitud

Efesios 1:15 dice: *«Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos...»*. Por tres años, Pablo no solo había oído; él había visto. Después que

Pablo deja Éfeso, la iglesia creció sin la presencia de él. *«Habiendo oído de vuestra fe ... y de vuestro amor para con todos los santos»*. Así era la iglesia en el principio, una iglesia llena de amor.

«Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre ... para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor...» (Ef. 3:14, 16-17).

El primer amor no es algo emocional; es un amor elevado, con una base firme. *«...seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura...»* (Ef. 3:18). Los eruditos dicen que Pablo se quedó sin palabras para describir el amor de Cristo. Es como un océano. Solo puedes citar la anchura, la longitud, la profundidad y la altura.

Tú, solo, nunca experimentarás la dimensión del amor, pero cuando la iglesia se reúne, sí lo conocerás. Muchos místicos amaron al Señor, pero fueron solo individuos. Madame Guyon hablaba del amor como un océano, pero ¿cuánto podía ella apreciarlo? Por eso, necesitamos congregarnos. Solo cuando

todos los santos se reúnen es posible entender y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento.

El misterio de Dios y de Cristo

Gracias al Señor, en Efesios 1 vemos que el misterio de Dios es Cristo; en el capítulo 3, el misterio de Cristo es la iglesia. Ese es el propósito eterno de Dios: en el capítulo 1, el propósito eterno de Dios en sí mismo, y en el capítulo 3, el propósito eterno de Dios en la iglesia.

Colosenses nos enseña a comportarnos como padre, madre, marido y mujer. En Éfeso, ellos amaban a Dios al máximo, y no vivían su propia vida. Los maridos amaban a sus esposas de acuerdo a la enseñanza de Pablo. El varón, por un lado era el marido y por otro lado, representa-

costado fue tomado y de ahí salió Eva. Dios trajo a la mujer ante Adán, y cuando él la vio, nació el primer poema en la historia: «*Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne*», es decir, «esto es mi cuerpo; salió de mí, y regresa a mí».

Efesios 4 habla de crecimiento y madurez. La iglesia es el cuerpo de Cristo. Cuando Eva fue creada, ya era madura. «*Hueso de mis huesos y carne de mi carne*» es la presentación. Finalmente, ambos son una sola carne. «*Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*» (Ef. 5:32).

En el capítulo 1, el misterio de Dios es Cristo; en el capítulo 3, el misterio de Cristo es la iglesia. ¡Cuán dichosos son los santos en Éfeso! Podemos imaginar cómo vivían aquel tipo de

Solo cuando todos los santos se reúnen es posible entender y conocer el amor de Cristo.

ba a Cristo. De igual manera, las esposas tenían temor de representar mal la iglesia, pues ésta debía obedecer a Cristo.

Cuando hablamos del matrimonio, no solo debes amar a tu esposa, sino amarla como amas a tu cuerpo. Esto nos lleva al principio, en Génesis. Cuando Adán durmió, algo de su

vida. Todo es plenitud. Esto es alcanzar el estándar de Dios. Esa es una iglesia madura a los ojos de Dios.

El camino celestial

Al mirar la historia, es triste cómo el vino nuevo es puesto en odres viejos. En el principio ellos partían el pan; pero un día pensaron que solo una persona partiese el pan y ofre-

ciera la copa. Entonces la mesa del Señor se transformó en un altar, y el altar y todo el edificio se convirtieron en un templo.

¿Cómo pudo ocurrir aquello? El Señor ya había visto eso; por eso él dijo: «Vosotros sois todos hermanos».

No hagas de la iglesia algo conectado con el judaísmo. Esa es una tragedia. Gracias a las cadenas de Pablo, fuimos libres de las tradiciones y podemos servir con libertad al Señor. Todos y cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo deben estar funcionando. Gracias a Dios por este nuevo vaso celestial lleno de la plenitud de Cristo y del amor de Dios. Este es el primer amor, el cual nunca debemos dejar ir.

La palabra amor en Efesios es maravillosa, pero ellos pagaron un precio. *«Por esta causa yo Pablo, prisio-*

nero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles...» (Ef. 3:1). Pablo nos está recordando lo que ocurrió. Versículo 13: *«Por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria».*

Todo esto se refiere a aquel hecho en Jerusalén. Debido a las cadenas, los ojos de Pablo fueron abiertos. Ahora la iglesia tiene un camino; no el camino de los griegos ni de los judíos, sino el camino celestial. La iglesia es el cuerpo de Cristo y por medio de ella, aun los ángeles deben aprender una lección. Ellos deben saber el secreto de la multiforme sabiduría de Dios. Así era la iglesia de Éfeso en el principio.

El Señor hable a nuestros corazones. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en septiembre de 2012.

A la deriva

En una playa de Noruega, en el norte de Europa, fue hallado un tronco de árbol que había atravesado el Océano Atlántico. Según su especie, se pudo verificar que provenía de Sudamérica y que debió haber caído en el río Amazonas. Había hecho un recorrido de más de 10.000 kilómetros, llevado por el río y luego por las corrientes marinas.

Aquel trozo de madera no había gastado ninguna energía, sino que, sometido a la fuerza de los elementos que lo rodeaban, terminó por ir a parar allí. Así también nosotros, corremos el riesgo de ser llevados a la deriva por la impetuosa corriente del mundo.

De la Web

Significado y proyección del mandamiento universal de Cristo a todos los creyentes.



La gran comisión

C.H. Spurgeon



Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere será condenado”.

– Mar. 16: 15-16.

Antes de que el Señor diera esta comisión a sus discípulos, se había dirigido a ellos en tono de seria reprensión. Él se apareció a los once cuando estaban sentados a la mesa, «*y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado*» (v. 14).

Esta reprensión puede ser un llamado de atención a nosotros, pues la incredulidad incapacita al cristiano para el servicio. En la medida en que tenemos una fe personal en el evangelio, nos convertimos en testigos idóneos para enseñarlo a los demás. Cada uno de nosotros, si fuera realmente sincero, debería repetir las palabras de David: «Creí; por tanto, hablé», pues de lo contrario nuestra falta de fe le quitará a nuestro testimonio todo su poder en las personas que nos oyen.

Sin duda, una de las razones por las cuales el cristianismo no es tan agresivo y no ejerce hoy la in-

fluencia que tuvo en los tiempos apostólicos, es la debilidad de nuestra fe en Cristo comparada con la total seguridad de fe que poseían los hombres de aquella época. La actitud que deberíamos mostrar y la fuerza que nos debería guiar es una confianza firme en el poder del Espíritu Santo, y una profunda convicción del poder de la verdad que se nos pide que entreguemos.

Si esperamos un avivamiento de la fe, esto debe comenzar en casa. Nuestras propias almas deben primero que nada estar llenas de una santa fe y deben arder de entusiasmo, y después seremos fuertes para realizar proezas y ganar almas para el Señor.

Habiendo hecho así una observación acerca del contexto, vamos al pasaje paralelo en Mateo. Allí se registra que, al darles esta comisión, nuestro Señor argumentó una razón notable para ella, y una que le concernía de manera íntima. «Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id (vosotros) y haced discípulos a todas las naciones».

Estas palabras estaban adaptadas para fortalecer la fe de sus discípulos, de quienes acababa de hacer la observación de «su incredulidad». ¿Notan el punto de este anuncio? Jesús de Nazaret, habiendo sido resucitado de los muertos, dice a sus apóstoles que ha sido investido ahora con la supremacía universal como

el Hijo del Hombre. Por lo tanto, él emite un decreto de gracia, llamando a todo el mundo a creer ese evangelio que tiene promesa de salvación personal para todo aquel que cree.

Este mandato está revestido de tal autoridad, y es tan imperativo el deber de todos los hombres de arrepentirse, que aquellos que no creen reciben la advertencia del castigo seguro de la condenación. Él hará que se publique esta ordenanza real a través de todo el mundo; pero ordena que todos quienes llevan el mensaje sean marcados por completo con la soberanía de quien los envía. «Por tanto, id».

Una observación más. La comisión que estamos a punto de tratar fue la última que el Señor dio a sus discípulos antes de ser separado de ellos. Si valoramos mucho las últimas palabras de sus siervos que parten, ¿cómo podremos valorar lo suficiente las palabras de despedida de nuestro Señor en su ascensión? Debemos tomarlas con santa reverencia. Puesto que él las ha dejado al partir, ellas deben ser guardadas con amor y obedidas fielmente.

Ahora, presten toda su atención al mandamiento que el Señor nos da aquí: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura». Fue dado a los apóstoles de manera representativa. Ellos representan a todos los fieles. Este mandamiento es

dado a cada hombre o mujer convertidos.

Concedo que hay un llamado especial para quienes son equipados y llamados a entregarse de lleno a la obra del ministerio, pero su oficio en la iglesia visible no es una excusa para no desempeñar las funciones que pertenecen a cada miembro del cuerpo de Cristo en particular. El manda-

tos, para que aquel que confíe en él pueda ser perdonado. Luego viene el punto y la esencia del evangelio: Cree en él y sé bautizado, y serás salvo; si lo rechazas, entonces tu peligro es inminente, pues Dios lo declara así— debes ser condenado.

Entonces, al anunciar el evangelio, debemos declarar a los hijos de los hombres que ellos están caídos, lle-

Dios percibe un aroma agradable
dondequiera que el nombre de Jesús es
fielmente proclamado

miento universal de Cristo a cada creyente es: *«Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura»* (Mar. 16:15).

¿Qué es el evangelio?

El evangelio que debe decirse a toda criatura es la grandiosa verdad que *«Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándose en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación»*.

Dios ha mirado con compasión al hombre pecador. Él ha enviado a su Hijo para asumir la naturaleza del hombre. Su Hijo ha venido en carne, y ha obrado una justicia perfecta por su vida de obediencia. Él ha muerto en el madero, el justo por los injus-

tos de pecados, perdidos, pero que Cristo ha venido «a buscar y a salvar lo que se había perdido».

Predicar el evangelio es predicar a Cristo. No es predicar algún credo en particular, o las cosas necesarias para quienes han oído y recibido el evangelio. El primer mensaje que se debe predicar a cada criatura, es que hay un Salvador: Vida al instante, a todos los que miran al Crucificado. Este es el evangelio.

¿Qué significa la palabra «predicar»? Algunos pueden predicar literalmente, es decir, actúan como heraldos, anunciando el evangelio como el pregonero proclama en la calle el mensaje que se le ha encargado. El predicador del evangelio es un heraldo,

pregonando en voz alta la verdad de Cristo.

No creo que Cristo nos pida ir para ser oradores frente a toda criatura. Tal mandato no sería práctico para la mayoría de nosotros. Nuestra labor es declarar el evangelio de manera sencilla y clara.

En realidad no predicamos el evangelio a un hombre si no logramos que entienda de qué estamos hablando. Si nuestro lenguaje no desciende a su nivel, podrá ser el evangelio, pero no es el evangelio para él.

El predicador debe adecuar su lenguaje a todos, esforzándose por instruir, fortalecer, explicar, exponer, suplicar y hacer entender al corazón y a la conciencia de cada hombre, la verdad que más allá de todo argumento y de toda duda tiene el sello y la marca de la revelación divina.

Aunque no todos los miembros de la iglesia pueden predicar literalmente en este sentido, sin embargo, si este mandamiento es para todos, entonces todos deben dar ese testimonio al mundo de alguna u otra manera que sea clara. Algunos deben predicar por medio de sus vidas santas. Otros pueden predicar hablando a una o a dos personas, como el Maestro junto al pozo, que predicaba de igual manera cuando conversaba con la mujer de Samaria como cuando se dirigía a la multitud a la orilla del mar.

Otros deben predicar distribuyendo la verdad impresa para su circulación; y este es un servicio muy noble, especialmente cuando la palabra pura de vida, la propia Biblia, es sembrada ampliamente en esta y en otras tierras.

Si no podemos hablar con nuestra propia lengua, debemos pedir prestadas las lenguas de otros hombres; y si no podemos escribir con nuestras propias plumas, debemos pedir prestadas las plumas de otros hombres; pero debemos hacerlo de una forma o de otra.

La esencia de este mandamiento es que debemos dar a conocer el evangelio a toda criatura por un medio o por otro, dejarlo enfrente del camino de cada quien, hacerle saber que hay un evangelio, y provocar su curiosidad para saber lo que significa.

No podemos hacer que lo acepte, o que lo crea. Esa es la obra de Dios. Pero sí podemos y debemos darles a conocer el evangelio y suplicarles que lo reciban, sin sentirnos culpables si ellos no lo reciben.

Hagan todo lo que esté a su alcance para dar a conocer a toda criatura lo que es el evangelio, de tal forma que, si no lo aceptan, no obstante, el reino de Dios les habrá sido traído muy cerca. La responsabilidad de su aceptación o su rechazo será luego problema de esas criaturas, y no de ustedes.

Esta es la comisión de Jesucristo a sus discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura».

Y para que no nos equivoquemos en cuanto a la fuerza y la esencia del evangelio, Cristo lo ha dicho con palabras muy sencillas: «El que cree y es bautizado será salvo».

Es decir, si un hombre quiere participar de la plena salvación que Cristo ha logrado, debe creer en Cristo, debe confiar en él, debe creer que Cristo es el Salvador designado por Dios, y que es capaz de salvarle. Debe actuar sobre la base de esa creencia, y confiarse a los brazos de Jesús, y si lo hace así, será salvo.

Más aún, el texto dice que debe ser bautizado. No es que haya alguna virtud especial en el bautismo. Pero Cristo espera que un hombre que confía haber sido salvado por él, debe dar testimonio de su unión con él, debe estar preparado para reconocer en público que él está del lado de Cristo.

El bautismo se convierte así en una señal del discipulado, el símbolo externo de la fe interna, por medio del cual un hombre dice a todos los que lo ven: «Me confieso muerto para el mundo; me confieso sepultado con Cristo; me confieso resucitado a una nueva vida en él; piensen lo que quieren o ríanse tanto como quieran, pero

en la fe de Jesús como mi Señor, lo he abandonado todo para seguirlo a él».

El alcance de la gran comisión

Teniendo claro cuál es nuestra tarea: proclamar y explicar a cada criatura el evangelio de Jesucristo, consideremos solemnemente cuál es el alcance de esta comisión.

En tanto que haya una iglesia en el mundo, la obligación de anunciar el evangelio estará vigente. Debe predicarse todo el tiempo; y hasta que Cristo mismo venga, y se cierre la dispensación, la misión de la iglesia es ir por todo el mundo proclamando el evangelio a cada criatura.

No hay ningún límite establecido en cuanto a dónde debe predicarse el evangelio. Debe predicarse en «todo el mundo». En nuestro vecindario como en el continente más alejado, en todas partes, en cada lugar; ninguna nación debe quedar fuera, ninguna raza debe ser olvidada. La misión de la iglesia trata con naciones conocidas y con tribus remotas. No debe existir ninguna omisión en ninguna parte.

«Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura». Conforme a este mandato, es obligación de la iglesia dar a conocer el evangelio *«a toda criatura»*. Cada creyente, individualmente, por supuesto, no pue-

de darlo a conocer a toda criatura, pero cada uno, en casa y fuera de ella, de acuerdo a su esfera de acción y a su capacidad, debe esforzarse al respecto. Tan pronto como estemos listos para entenderlo, debemos estar listos con este evangelio de Jesucristo para ellos.

La iglesia cristiana debe ir tras el rico. El rico necesita el evangelio, tal vez más que cualquier otro grupo en la comunidad. Muy pocas veces lo oyen, y lo poco que oyen es un material diluido. Nadie se atreve a decirles sus pecados en su cara, ni son censurados como lo son los pobres. Deben ser buscados por la iglesia; y aunque es difícil tener acceso a ellos, sin embargo no habremos cumplido nuestro deber hasta que no hayamos hecho lo que podamos por ellos. Los pobres deben ser cuidados. Una de las glorias del evangelio es que debe ser predicado a los pobres.

El evangelio debe de ser predicado a quienes se congregan el domingo. Es grato recordar que muchas personas quieren venir para escuchar el evangelio, pero la responsabilidad del ministro no se limita a aquellos que se congregan voluntariamente dentro de cuatro paredes. Debemos predicar el evangelio también a los que se quedan en cama los domingos, los que leen la prensa en su edición dominical, los que se pasean por las tardes con negligente indiferencia, los

que ignoran lo que significa la fe cristiana.

No has cumplido el mandato del Señor hasta tanto no los hayas alcanzado a todos ellos, y les hayas dado a conocer, los hayas forzado a conocer lo que es el evangelio. Es un pobre deportista el que se sienta en su casa y espera que la actividad deportiva venga a él. Quien quiere practicarla debe salir fuera y buscarla, y quien quiere servir al Señor debe salir a las plazas y a los caminos y forzarlos a entrar.

Mandato que sobrecoge

Quiero enfatizar de manera personal que nosotros, como iglesia, con tantas ventajas, debemos participar de este mandamiento, extendiendo nuestros esfuerzos a tantas criaturas como podamos.

No podemos cumplir con la obra que Dios nos ha encomendado, hasta que no hayamos buscado por los caminos y las plazas, procurando llevar el evangelio de Jesucristo a todos sus habitantes. ¿Han sido ustedes el instrumento de conversión de cincuenta personas? Eso no es aún «toda criatura». Continúen siendo instrumentos. ¿Se agregaron cien personas a la iglesia últimamente? Eso no es «toda criatura». Hay millones aún que no conocen a Cristo. Prediquen, entonces, el evangelio en todas partes.

La majestad de este mandato nos sobrecoge. Nunca fue dada una comisión tal, antes o después. El Señor ha dado a la iglesia un trabajo casi tan inmenso como la creación de un mundo; más aún, es un trabajo mayor que eso; es recrear un mundo. No puedes hacer nada efectivamente, a menos que el Espíritu Santo bendiga tu labor. Pero eso hará él, y si te ciñes los lomos, y tu corazón está involucrado en ello, podrás todavía predicar a Jesucristo a toda criatura bajo el cielo.

Será suficiente si pongo un pensamiento en sus corazones, que para la sirvienta y para la duquesa, para el que limpia chimeneas y para el diputado, el habitante de una pobre casa o el de un palacio, debemos sentirnos obligados por Cristo a predicarles el evangelio según nuestra capacidad, sin limitar la esfera de nuestra actividad donde se pueda encontrar una oportunidad para llevar el evangelio a toda criatura.

Alicientes para ir y predicar

Ahora, en tercer lugar, algunos de ustedes se estarán preguntando acerca de los alicientes para enrolarse en este servicio, y obedecer este mandamiento.

¡Oh, si la iglesia cristiana pudiera tener la convicción del «Dios lo quiere», que ahora, en este año de gracia, toda criatura oiga el evangelio!

Creo que tenemos un número suficiente de cristianos aquí para lograr que nuestra ciudad oiga el evangelio.

Tenemos suficientes convertidos, hombres y mujeres, si todos tuvieran la suficiente motivación, para hacer que esta ciudad resuene de extremo a extremo, como le ocurrió antes a Nínive. Un hombre despertó a Nínive con la monótona proclamación: «¡De aquí a cuarenta días Nínive será destruida!». Seguramente miles serían como carbones en medio del grano, si tuviéramos la convicción acerca de este grandioso mandamiento. Creyente: Dios te exige esto, ¿no es suficiente?

Pero si buscamos argumentos, recordemos que la predicación del evangelio es en todas partes una delicia para Dios. La predicación de Cristo es la verdadera ofrenda. Dios percibe un aroma agradable dondequiera que el nombre de Jesús es fielmente proclamado. «*Porque para Dios somos olor fragante de Cristo en los que se salvan...*» (2 Cor. 2:15).

Dondequiera que se predica a Cristo, Dios está gozoso. Él es honrado, Cristo es honrado. Aun si no hay ningún resultado (¡imposible suposición!), aun así la sola predicación de Cristo es como olor de incienso vespertino que sube hasta Dios, y él lo acepta.

Más aún, recuerden que se les pide predicar a toda criatura, a cada uno

de ustedes, hasta donde puedan, porque es por este medio que los elegidos van a ser reunidos de entre los hijos de los hombres. Ustedes no saben quiénes son ellos, por tanto prediquen a Cristo a todo mundo. Ustedes no saben quién lo aceptará; ustedes no saben qué corazones van a ser quebrantados por el martillo divino. Solo les corresponde a ustedes probar el martillo de la verdad golpeando el duro corazón.

Hermanos y hermanas, prediquen el evangelio de Jesucristo para beneficio de ustedes mismos, si no hubiera otra razón. Pueden estar seguros de ello, su propio vigor espiritual será fortalecido por sus obras de amor y su celo por el servicio de Cristo. Este es un termómetro invariable por el cual se puede medir la espiritualidad del corazón. Si está haciendo algo por Cristo, se verá reflejado en su vida y conversación.

El gozo de ganar un alma

¿Alguna vez experimentaron el gozo de ganar un alma para Cristo? Si es así, no necesitan un mejor argumento para intentar difundir el conocimiento de Su Nombre entre todas las criaturas. No hay gozo fuera del cielo que lo sobrepase, cuando alguien te toma la mano y te dice: «Por tu medio yo fui trasladado de las tinieblas a la luz, y llevado a amar y servir a mi Salvador». Las pruebas y penas de la vida son algo superficial allí donde los

triumfos de la gracia están presentes. Les suplico, por su propia felicidad, que traten de enseñar a otros lo que el Señor les ha enseñado primero a ustedes.

El Señor lo quiere. Por tanto prediquen su evangelio a toda criatura. Viene el día en que el evangelio será conocido en todo el mundo. La luz que brilla en la colina de Sion adornará las cumbres de todas las montañas. Toda la tierra verá los pies de los mensajeros que anuncian las buenas nuevas de salvación.

A pesar de las profecías de algunos hombres en nuestros días, yo aún me apego a la vieja fe de la iglesia, que habrá un triunfo universal de nuestra santa fe. Los dioses de los paganos serán sacudidos de sus pedestales. El día de la venganza de nuestro Dios por la sangre de los mártires todavía ha de venir, y Cristo no terminará este conflicto hasta que no haya descargado su espada de doble filo sobre la cabeza de su adversario, y lo haya dejado tumbado en el polvo.

¡Tengan paciencia! Las cosas se van desenvolviendo de manera adecuada. Nuestros corazones pueden llenarse de ánimo. Hemos visto lo que la diestra de Dios ha hecho por la libertad en esta tierra nuestra. Ahora el gran pulso del tiempo late animado y con salud, y por la buena gracia de Dios y su providencia que gobier-

na, muy pronto se verá que: «El día de la libertad vendrá al fin, el día señalado del Señor».

Pero, si va a venir algún día, debe venir por medio de los esfuerzos de los hijos de Dios, pues Dios siempre usa instrumentos, y lo seguirá haciendo. Siervos de Dios, cumplan su labor con diligencia, con perseverancia, predicando continuamente a toda criatura, pues ustedes son colaboradores de Dios; son los labradores de Dios, sus amigos y servidores.

Los recursos para realizar la obra

Ahora, para concluir, tenemos la labor ante nosotros, y tenemos a nuestro Dios que nos ayuda, y aceptamos el reto. Hermanos y hermanas, los convoco a ustedes de la misma manera que el capataz convoca a sus camaradas cuando hay un trabajo por realizar y dice: «Esto es lo que debemos hacer: ¿Qué recursos tenemos para realizar nuestro trabajo, y cómo podemos hacerlo?».

Los que hemos recibido un llamado especial para predicar el evangelio debemos asumir nuestra parte, y predicar con todo nuestro poder. Pero no se debe cargar todo en un solo hombre. El ministerio de un solo individuo es una maldición para cualquier iglesia, si ese es el único ministerio de la iglesia. Todos los ministerios deben usarse.

¿Acaso muchos de ustedes no podrían predicar? Que ningún hombre que posea dones se los guarde para sí. Allí están las calles. Al aire libre, hay muchos que oyeron el evangelio, que nunca lo hubieran oído si los doce apóstoles hubieran estado predicando solo en los lugares de culto. Usen sus habilidades en otros lugares si pueden, y que toda lengua que pueda hablar, lo haga.

No todos tienen habilidad de predicar. Algunos pueden enseñar a los jóvenes. ¿Están ocupados en esa tarea? ¿No podrían algunos hacer el bien en su propia casa? Las reuniones en las casas constituyen una manera de ser útiles. «¿Cuántos panes tenéis?», preguntó el Señor. Creo que hay algunos panes que no han sido traídos aún a la canasta; hay oportunidades que no han sido puestas a su servicio. Investiguen y vean.

Cuánto bien harían muchos de ustedes escribiendo a otras personas acerca de Cristo, o compartiendo la palabra escrita: Biblias, tratados evangélicos y mensajes capaces de beneficiar a ciertas personas si leyeran esa literatura. Puede ser que a algunos se les haya confiado el talento del dinero. Cualesquiera que sean los dones que posean, obtengan intereses, como el siervo bueno, para su Señor.

Algunos de ustedes tal vez no tienen capacidad de hablar o de dar, pero

que su santidad, y cada uno de los poderes que tengan, de conformidad a su habilidad y oportunidad, contribuyan al gran resultado de la predicación del evangelio a toda criatura.

Hay algunos aquí de quienes no me da vergüenza hablar, cuya piedad es apostólica, cuya generosidad y celo se compara al de los primeros cristianos; pero hay otros de quienes hablamos con duda, pues si se han consagrado de alguna manera al Señor, la consagración parece haber tenido un efecto mínimo. Son diligentes en el negocio, pero en cuanto a un espíritu ferviente, ¿dónde está? ¿En qué aspectos se puede decir de ellos que sirven al Señor?

Pregúntese cada uno: «¿Qué he hecho para obedecer el mandato del Señor?». Y si el inventario refleja un resultado lamentable, no se quede ahí parado perdiendo su tiempo con vanos remordimientos, sino humíllese y pídale a Dios que la sangre de ninguno sea depositada a su puerta.

Glorificando Su Nombre

Les exhorto, a cada uno de ustedes, a poner en el futuro la totalidad de su fortaleza por Aquél cuyo sudor sangriento, y cruz y pasión, los han convertido a ustedes en deudores hacia él a causa de sus vidas. Por aquél que murió en ese madero, maldito por ustedes, por aquél que se ha ido para

preparar un lugar para ustedes, y que está intercediendo todavía a la diestra de Dios, con un celo incesante, a favor de ustedes, vengo en Su Nombre y a causa de Su mandamiento para pedirles, para exhortarlos a gastar y ser gastados para glorificar Su Nombre en medio de los hijos de los hombres.

Investiguen y vean lo que pueden hacer y lo que sea que su mano encuentre para hacer, háganlo con todas sus fuerzas. No bendeciremos al mundo utilizando grandes esquemas, teorías poderosas, planes gigantescos. Poco a poco crecen los arrecifes de coral sobre los que luego crecen los jardines. Poco a poco debe venir el reino, y cada hombre debe traer su pequeña porción y ponerla a los pies de Jesús. Así también viene la luz. Viene con un rayo después del otro. Una a una vienen las flechas del arco del sol, y al fin huye la oscuridad. Así vendrá la mañana eterna.

Aunque la labor sea lenta, es segura. Dios verá la obra terminada, y al clarear el día, la noche ya no podrá regresar, y la oscuridad se desvanecerá para siempre. El sol de justicia ya no se ocultará. El día de la mañana del mundo no se demorará. El tiempo de sus días felices vendrá, cuando la luz del sol será como la luz de siete días, y el Señor Dios habitará entre nosotros, y manifestará su gloria. Amén.

* * *

Tercera epístola de Juan

A.T. Pierson

Palabra clave: Cooperador (de la verdad)**Versículo clave: 8.**

Esta carta es, de alguna forma, semejante a otra, pero es dirigida nominalmente a un hombre, probablemente a Gayo, fruto del trabajo de Pablo y su anfitrión (1 Cor. 1:14; Rom. 16:23). Al paso que en la segunda carta se prohíbe mostrar hospitalidad a los propagadores del error, aquí, la práctica de la hospitalidad es especialmente recomendada para con los que predicán la verdad. La señora elegida es alertada a no participar de las obras malignas de los que difunden el error. En esta epístola, Gayo es alabado por ser un colaborador de la verdad.

Gayo es felicitado por su alma sana, demostrada por su lealtad a la verdad y a sus representantes. Aquí de nuevo hay una alusión a *cómo servir*.

Alguien puede tener una personalidad retraída, no ser un orador ni realizar un trabajo prominente; mas, practicando la hospitalidad y siendo un verdadero benefactor, recibe al

profeta, lo ayuda en su trabajo y comparte su galardón (Mat. 10:41).

Diótrefes es mencionado como un alerta, no por causa de herejías, sino por su ambición y egoísmo. Existen otras maneras de herir a la iglesia que no son los errores de doctrina. Demetrio es recomendado como un testigo de la verdad.

El discernimiento de un labrador

Cuando James Hervey (1714-1758) era un joven ministro, su médico le aconsejó que viviera un tiempo en el campo para mejorar su salud.

Un día, Hervey preguntó a un viejo labrador lo que éste pensaba era la cosa más difícil en la vida cristiana. El campesino, muy respetuosamente, le devolvió la pregunta. Entonces Hervey dijo: «Yo pienso que la cosa más dura es negar el yo pecaminoso». «No, señor», replicó el labrador, «lo más difícil en la vida cristiana es hacer morir el yo justo».

De la Web

Los sufrimientos del Siervo

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Isaías 53

Una cuidadosa lectura de la profecía de Isaías demuestra que el capítulo 53 debe comenzar en el versículo 13 del capítulo 52, donde las palabras: «*He aquí... mi Siervo*», introducen el gran descubrimiento que sigue. Cualquier contacto con esta parte de las Sagradas Escrituras debe estar caracterizado por una reticencia que casi raya en rechazo. El rechazo nace de un sentido de la casi abrumadora naturaleza de lo que aquí se encuentra.

No hay nada, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamentos que más llame la atención, que esta representación gráfica del Siervo del Señor, en la cual nos damos cuenta de una lobreguez espantosa, que no obstante arde y brilla con gloria inefable. Tal rechazo no debe impedir nuestro examen, pero éste debe estar caracterizado por una reverente reserva, dándonos

cuenta del hecho de que estamos tratando asuntos demasiado profundos para darles una interpretación final.

El anuncio de la restauración

Las palabras del principio: «*He aquí... mi Siervo*», revelan la naturaleza de la visión y demandan atención. En el movimiento que sigue la profecía, este pasaje es climatérico. Dicho movimiento comienza en el capítulo 40, el prólogo del cual se encuentra en el capítulo 35. Allí el profeta fue elevado por sobre la tenebrosidad en medio de la cual vivió, y contempló un día de restauración gloriosa: «*Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa*» (Is. 35:1).

Comenzando con el capítulo 40, el profeta procede a demostrar cómo vendrá el día de la restauración. Se deja oír una voz en el desierto llamando a los hombres a preparar el camino de Jehová, porque solo mediante

la acción de Dios la desolación puede ser convertida en la gloria de una completa realización. Y sigue el profeta diciendo que este anuncio de la actividad de Jehová, constituye el Evangelio del consuelo que va a ser proclamado; y en un pasaje sublime nos muestra la majestad de Jehová creando la absoluta certidumbre de que estas cosas acontecerán.

Así, para el profeta, todas las cosas en medio de las cuales vivió, cosas marcadas por las tinieblas y la desolación, se convirtieron en radiantes a la luz de las cosas que históricamente estaban muy distantes de él. Como el apóstol Pedro lo expresa, «*los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo*» (2 Ped. 1:21); y así habló el profeta, y contempló al desierto y a la tierra abrasadora, alegrarse, y al yermo regocijándose y reventando de rosas. Y nos muestra que Jehová anhela moverse y se moverá hacia el logro de esta grande y gloriosa consumación, por medio de Aquel a quien se describió como «*el Siervo de Jehová*».

Una nación y una Persona

En toda esta parte de la Escritura encontramos por dos veces esa notable expresión: «*He aquí mi Siervo*» (42:1 y 52:13); y a medida que continuamos hasta el final, descubrimos que el título se aplica a la nación, pero también a una Personalidad que sur-

ge en la vida de la nación. La nación fracasa en el cumplimiento del propósito divino, pero la Persona lleva este propósito a su completa realización.

Echando una mirada a las dos ocasiones en que se usa la expresión: «*He aquí mi Siervo*», que en ambos casos se refiere a la Persona, descubrimos que la primera de ellas fue citada por nuestro Señor en la sinagoga de Nazaret, cuando declaró su cumplimiento en sí mismo y dijo: «*Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros*» (Luc. 4:21). Y la segunda, que sirve de introducción a la parte que estamos considerando, la cual, evidentemente, se aplica al dolor y al triunfo por medio de los cuales el Siervo del Señor da cumplimiento al propósito divino.

A fin de comprender mejor el pasaje lo examinaremos en sus divisiones naturales que son: primera, un exordio inclusivo (52:13-15); segunda, una descripción del dolor del Siervo del Señor (53:1-9); y tercera, la proclamación de su triunfo (53:10-12).

Un exordio

El exordio es completo por sí mismo. Todo lo que sigue después sirve de interpretación a lo que allí se dice. Lo primero que leemos es: «*He aquí que mi Siervo será prosperado*». En vista de que la raíz de la palabra hebrea

implica la idea de sabiduría y de prudencia, su uso siempre sugirió éxito o prosperidad, como resultantes de tal sabiduría y de tal prudencia.

Inmediatamente después leemos: «Será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto». Leyendo así de una manera aislada, nos queda la impresión de que estamos frente a la predicción de una victoria completa, especialmente cuando se usan palabras tales como «exaltado».

En términos generales, todo lo que se dice es que su prosperidad será obtenida por su exaltación, y su exaltación será consecuencia de su sublimación; y que tal exaltación por medio de la sublimación, lo pondrá en el lugar de la autoridad completa y final; es decir, estará en un sitio «muy alto».

Al seguir leyendo nos topamos con una luz asombrosa que ilumina todo lo asentado: «Como se asombraron de ti muchos», y a renglón seguido estas otras palabras: «de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres» (v. 14). En tales palabras hay un reconocimiento de sufrimiento, de tristeza, de agonía. Un parecer desfigurado y una forma humana desfigurada, hablan del atropello de la personalidad.

La declaración total es misteriosa y nos preguntamos qué es lo que el

profeta quiere decir. Pongamos entonces juntos los siguientes pasajes: «Como se asombraron de ti muchos... así asombrará él a muchas gentes; los reyes cerrarán ante él la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído» (v. 15). Tal desfiguramiento del parecer y de la forma provoca sorpresa, y sin embargo, este es el método por medio del cual la victoria será alcanzada.

Podemos decir entonces que la exaltación a que se refieren las palabras del versículo 13, se ha de interpretar por las cosas que le siguen. La exaltación es la cumbre del sumo dolor, el cual conduce a la cima de la más alta soberanía. Por el camino del sufrimiento se avanza hacia la soberanía.

La hora del Cristo

Partiendo de estas palabras proféticas, va nuestra imaginación a las horas finales de la vida de nuestro Señor, donde vemos esta misma doble conciencia de dolor y de soberanía; y de dolor que lleva hacia la soberanía, en aquellas palabras de sus labios cuando se aproximaba la hora de la Cruz: «Ahora está turbada mi alma» (Juan 12:27); y casi de inmediato después: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12:31-32).

Solo mediante la acción de Dios la desolación puede ser convertida en la gloria de una completa realización

Así, las expresiones históricas de Jesús armonizan perfectamente con la predicción profética: «*Será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto*». Exaltado por dolores supremos, ciertamente; pero elevado por ellos al lugar de la más alta soberanía, para que los reyes de la tierra cerraran sobre él sus bocas. Y de esta manera el exordio nos conduce hacia la predicción profética del sufrimiento que lleva hasta la soberanía; del trabajo y la fatiga que concluyen en el triunfo.

La visión del Padre

La narración de los sufrimientos del Mesías es algo que debe leerse con admiración reverente; y aún más apropiadamente, en solemne silencio. Y solo como una ayuda para su estudio, nos atrevemos a dividirla en tres partes. Primero se nos presenta a la Persona despreciada (v. 1-3); luego al Sufridor vicario (v. 4-6); y finalmente al Cordero expiatorio (v. 7-9).

Al presentar a la Persona despreciada, el profeta, de una manera muy clara, la señala tal como Dios la ve, y

luego tal como los hombres la contemplan. La visión divina del Siervo del Señor está contenida en una sencilla y sublime expresión: «*Subirá cual renuevo delante de él*» (53:2). La descripción poética se refiere a él en toda la belleza que sugiere la eterna juventud.

De esta manera fue como Dios contempló a Su Hijo. Recordamos cómo tres veces durante el período de su vida terrenal, el silencio de la eternidad fue roto para dar testimonio. En cada ocasión, el testimonio de Dios fue con el objeto de demostrar su satisfacción por él. La primera de ellas fue perfectamente amplia y clara: «*Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*» (Mat. 17:5); esa fue la visión divina del Siervo del Señor.

La ceguera del hombre

No fue de esta manera, sin embargo, como los hombres lo contemplaron; y ciertamente que no es así como el mundo lo sigue contemplando todavía. En contraste inmediato y sorprendente a todo lo que sugiere la frase: «*cual renuevo*», leemos en seguida: «*y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos*» (53:2).

Notemos el contraste de visión entre lo divino y lo humano. Esta fue la visión humana. No puede haber un

contraste más agudo entre un renuevo y una raíz de tierra seca; una raíz tirada en el camino, no metida en la tierra; algo que los hombres desprecian y que tal vez arrojan de su sendero a puntapiés mientras caminan. En él no vieron los hombres ni parecer ni hermosura, ni atractivo que lo hiciera deseable.

El profeta no quiere decir de ninguna manera que el Siervo de Dios no tuviera parecer, ni hermosura, ni atractivo; lo que quiso decir es que el hombre estaba ciego a Su belleza. Fue esto verdad, y lo sigue siendo en su más amplia aplicación. Los ideales de belleza fueron falsos y continúan siendo falsos. Consultar al mundo del arte en el tiempo cuando nuestro Señor Jesucristo vivió, es descubrir la verdad de esta afirmación. Puede decirse con toda verdad que gracias a Su advenimiento renació el arte; pero no obstante, muchos de sus conceptos de la belleza, siguen siendo falsos todavía. No es verdad, ni entonces, ni ahora, que en Cristo no haya belleza; sino más bien que el hombre está ciego a la belleza.

Y todo lo que se refiere a la Persona, se resume finalmente en estas palabras: «*Despreciado y desechado entre los hombres; varón de dolores, experimentado en quebranto*» (v. 3). Es un hecho que sus dolores y sus quebrantos le hicieron inaceptable a ese mundo del arte que se rehusó a

contemplar todo aquello que en su estimación, pareciera feo o mutilado.

Habiendo revelado al Siervo del Señor como despreciado personalmente, el profeta procedió a demostrar que Sus dolores fueron vicarios. A los ojos de Dios, un renuevo; a los ojos de los hombres una raíz de tierra seca, privado de toda belleza. «*Varón de dolores y experimentado en quebranto*». ¿Qué era lo que estaba haciendo? Y la respuesta se encuentra en las palabras: «*Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores*» (v. 4). De nuevo los hombres se mostraron ciegos a los hechos, y el profeta agrega: «*y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido*».

Nosotros estábamos equivocados

Hace más de cuarenta años que estuve en el templo de la ciudad (City Temple) de Londres, y oí leer estas palabras al Dr. Parker. Leyó todo el capítulo sin ninguna nota o comentario, excepto en este punto donde intercaló tres palabras. Permítaseme repetir las frases tal como entonces salieron de sus labios. «*Y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido*» (Nosotros estábamos equivocados). «*Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados*» (v. 5).

Esta fue una exposición inspirada en el destello de una breve frase. Sus aflicciones no fueron las suyas; sus dolores no fueron personales, fueron vicarios; y así como el arte fue culpable e incapaz de captar su belleza, así la teología y la filosofía fueron culpables, incapaces de interpretar sus dolores. La visión de los eruditos sobre sus dolores era que él fue «*azotado, herido de Dios y abatido*».

Fue esta la misma idea que dominó el pensamiento de los amigos de Job. Se juntaron a su derredor; vieron a un hombre que estaba sufriendo y dijeron: «Dios lo está hiriendo porque es pecador». Tal fue la visión de los eruditos, de los filósofos y de los teólogos, frente al sufrimiento de Cristo. El arte fue culpable en la consideración de su Persona; y la filosofía fue culpable frente a sus dolores. No obstante por medio de él renació el arte y la filosofía encontró, por medio de él, la interpretación final de Dios.

El silencio del Siervo sufriente

Así llegamos a la parte final que describe los sufrimientos del Señor.

«Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebe-

lión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca» (53:7-9).

Así se le contempla silencioso en la presencia del mal que se le infiere; fue el silencio de Uno que estaba en perfecto acuerdo con Dios, y con la determinación de Dios de hacer que el desierto se alegrara. Ciertamente fue éste «el silencio de la eternidad interpretado por el amor».

En esta presentación, el Sufridor personal, el Sufridor vicario, el Sufridor silencioso, es revelado como un Cordero expiatorio; porque «*por la rebelión de mi pueblo fue herido*».

Luego cambia la nota, y llegamos a la manifestación del triunfo del Siervo del Señor. Comienza diciendo: «*Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo*» (v. 10). Aunque es verdad que la expresión «*Con todo*», no se encuentra en el hebreo, es absolutamente necesario usarla en nuestro lenguaje, a fin de fijar la atención en el contraste que se intenta. La declaración por sí misma eleva nuestra contemplación al nivel de lo divino.

La voluntad divina

Mientras que en la historia de los sufrimientos hemos visto al Siervo del Señor en medio del daño que los hombres le infieren, llevando silenciosamente los pecados de esos mis-

mos hombres, ahora se nos dice que todo estaba encerrado en la voluntad divina: «*Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento*».

Así la palabra profética armoniza con la palabra apostólica expresada en el día de Pentecostés. La primera referencia a la Cruz en el lenguaje de un hombre lleno del Espíritu Santo, fue hecha en estos términos: «*A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole*» (Hech. 2:23).

El profeta comienza por la predicción del daño causado por los hombres, y termina con la afirmación del predominio divino. El apóstol comienza con la declaración de la determinación divina, y acaba con la afirmación del pecado que fue la causa del sufrimiento del Siervo del Señor.

Fue en vista de este conocimiento de la relación del pecado del hombre y la perfecta complacencia de Dios, como el profeta irrumpió en las palabras que siguen: «*Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada*» (v. 10).

Del sufrimiento al triunfo

Resumiendo entonces: la parte de la Escritura que estamos considerando principia con las palabras: «*He aquí que mi Siervo será prosperado*». Lue-

go sigue la historia de los sufrimientos, y la predicción del triunfo. Todo ello se ve dentro de la comprensión del gobierno divino, llevando a cabo el propósito de Dios. En consecuencia, el resultado es inevitable. Cuando Su alma, es decir, toda su personalidad, fue ofrecida por el pecado, estaba asegurado el cumplimiento de los propósitos de Dios. A través del sufrimiento, llegó al triunfo.

Relacionado con ello leemos esta grande y gloriosa declaración: «*Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho*» (v. 11). Aquí nos encontramos en la presencia de misterios que no pueden ser explicados finalmente, pero que irradian con la gloria de la Gracia eterna. La satisfacción que tendrá el Siervo del Señor después de sus padecimientos, será el derecho de justificar a muchos por cuanto él ha llevado sus iniquidades.

El cumplimiento de las profecías

Todos estarán de acuerdo en que en esta parte de la Escritura llegamos al clímax de las profecías sobre el Mesías en el Antiguo Testamento; y está bien que recordemos lo maravilloso del hecho de que una predicción tan clara y definida haya sido dada a los hijos de los hombres, cientos de años antes de su cumplimiento histórico. Como Delitzche dice: «Parece como si todo este pasaje pudiera haber sido escrito cerca de la Cruz, en el Gólgota».

A la luz del cumplimiento histórico de esta profecía, de la interpretación apostólica y de todo el testimonio de los siglos, podemos resumir todo en la palabra profética y expresarlo en esa maravillosa frase de Pablo: «*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*» (2 Cor. 5:19).

Seguramente esta meditación apela a nosotros en las mismas palabras que Pablo utilizó en relación con esta afirmación: «*Os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios*» (2 Cor. 5:20).

De Grandes Capítulos de la Biblia
Tomo I

Del odio al amor

El 7 de diciembre de 1941, a las 07:53 horas, Mitsuo Fuchida, comandante japonés del ataque a Pearl Harbor, emitió el célebre mensaje: “¡Tora, Tora, Tora!”. La flota americana del Pacífico fue destruida en gran parte.

El sargento Jacob DeShazer se enteró de la noticia a través de la radio y se presentó voluntariamente para un ataque de represalia cuyo objetivo era bombardear Tokio. En esta operación, DeShazer fue capturado y sometido a crueles torturas. Su corazón estaba lleno de odio hacia el enemigo. Había sido criado en una familia cristiana, pero no compartía la fe; sin embargo recordó que Dios enseña a responder con amor al odio. Con dificultad, obtuvo una Biblia y la leyó con avidez. En junio de 1944 se volvió a Cristo. Tuvo paz en su corazón, y entonces pudo responder con amor a la brutalidad de los guardias.

Una vez liberado, Jacob DeShazer regresó a su país, pero en 1948 volvió al Japón a predicar el evangelio. Escribió un tratado titulado “Yo fui prisionero de los japoneses”, y lo distribuyó ampliamente.

Entre las personas que lo recibieron estaba Mitsuo Fuchida, el comandante del ataque a Pearl Harbor. La historia lo conmovió profundamente. La paz de la cual hablaba Jacob era precisamente la que Fuchida, en aquel entonces muy deprimido, estaba buscando. Consiguió una Biblia, empezó a leerla, y finalmente él recibió a Cristo en su corazón. La paz de Dios echó fuera su amargura.

Fuchida también escribió su historia: “De Pearl Harbor al Gólgota”. Predicó entre los jóvenes presentando a Cristo como la única esperanza en medio de un mundo corrompido. Y tuvo un encuentro con Jacob DeShazer. Más allá de toda comprensión humana, el amor de Dios, más poderoso que las armas, hizo de estos dos enemigos, dos hombres unidos por el amor divino.

LBS

El matrimonio

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo” (Ecl. 4:9).

Para ser un buen cristiano, uno necesita lidiar fielmente con todos los problemas básicos. Si hay una cuestión moral en cualquiera de estas áreas básicas, sea la familia, la profesión u otras, surgirán otros conflictos más adelante. Una dificultad no tratada es lo suficientemente fuerte para impedir el crecimiento y para entorpecernos el caminar rectamente.

En relación al tema del matrimonio, en especial, los nuevos creyentes necesitan saber lo que dice la palabra del Señor al respecto. Veamos, entonces, el tema desde varios ángulos.

La conciencia sexual no es pecaminosa

Las personas son conscientes del sexo tal como son conscientes del hambre. El hambre es una demanda física natural; el sexo también es un requisito natural del cuerpo. El hecho de que alguien sienta hambre es natural, y no constituye pecado. Pero si alguien

roba alimentos, tenemos un hecho pecaminoso. Es algo antinatural.

Asimismo, la conciencia del sexo es natural y no constituye pecado. Solo incurre en pecado quien utiliza una forma inadecuada para satisfacer su deseo.

La conciencia sexual es dada por Dios. El matrimonio fue ordenado y creado por Dios. Fue instituido antes, no después, de la caída del hombre. Sucedió antes de Génesis 3. De hecho, Dios lo introdujo en Génesis 2. Por lo tanto, la conciencia de sexo existía antes, no después, de que el pecado entró en el mundo. Es importante saber que no hay ningún pecado en ser consciente del sexo. En principio, el pecado no está involucrado, porque la presencia de esta conciencia fue creada por Dios.

El Señor nos dice a través de su apóstol: «*Honroso sea en todos el matrimonio*» (Heb. 13.4). No es solo algo

para ser honrado, sino también es santo. Dios considera que el sexo es santo y natural.

Tres razones básicas para el matrimonio

1. Para ayuda mutua

El matrimonio es ordenado por Dios: «No es bueno que el hombre esté solo» (Gén. 2:18), dice el Señor. Todas las cosas creadas por él son buenas. En el primer día de la creación, Dios vio la luz y dijo que era buena. Todos los días, excepto el segundo, Dios proclamó que todo era bueno.

Pero en el sexto día, después de que Dios creó al hombre, él dijo: «No es bueno que el hombre esté solo». Esto no sugería que el hombre no había sido bien creado; solo significaba que no era bueno porque solo la mitad del hombre estaba creada. Por lo tanto, Dios hizo una «ayuda idónea» para el hombre. Eva fue creada también en el sexto día y fue presentada por Dios a Adán. Ella fue hecha para el propósito expreso de matrimonio.

«Ayuda idónea» significa ayuda apropiada; es decir, Eva debe primero corresponder a Adán antes de que ella pueda ser de ayuda para él.

Cuando Dios creó al hombre, los creó varón y hembra. Es como si en primer lugar creara la mitad del hombre y luego la otra mitad, para tener un hombre entero. El ser humano

estuvo completo solo cuando se unieron ambas mitades. Entonces Dios declaró que «era bueno en gran manera» (Gén. 1:31).

Antes de nada, debe señalarse que el matrimonio fue iniciado por Dios, no por el hombre. Además, no se originó después de la caída del hombre, sino antes de que el hombre pecara. El hombre no pecó en el primer día de su creación, pero estaba casado ese primer día. Después que Dios creó a Eva, el mismo día la dio a Adán. Así que el matrimonio, sin lugar a dudas, es instituido por Dios.

2. Para prevenir la fornicación

En el Antiguo Testamento, antes de que el pecado entrara en el mundo, Dios ya había establecido el matrimonio. Pero ahora, en estos días del Nuevo Testamento, el pecado ya está presente. Entonces Pablo nos muestra en 1 Corintios 7 que, debido a la entrada del pecado, el matrimonio no solo no está prohibido sino que, más bien, se ha convertido en una necesidad.

A fin de evitar la fornicación, Pablo nos dice que cada hombre tenga su propia esposa y cada mujer su propio esposo. Él no condena la conciencia sexual como pecado; en cambio, sugiere que el matrimonio puede prevenir el pecado de fornicación.

«Es mejor casarse que estarse quemando» (1 Cor. 7:9b). Pablo escribe

Hay tres razones básicas para el matrimonio cristiano: primero, para ayuda mutua; en segundo lugar, para prevenir el pecado; y tercero, para recibir, juntos, gracia delante de Dios.

enérgicamente aquí. Aquellos que sienten un deseo urgente de casarse y que son muy apasionados, deben casarse.

El apóstol no los reprende por su fuerte sensación, como si fuera pecaminosa, ni tampoco hace provisión para la carne. Solo afirma que, si alguno tiene un fuerte sentimiento hacia el matrimonio es mejor para aquél casarse que ser consumido por el deseo.

La palabra de Dios es clara al respecto. La conciencia sexual no es pecado. Incluso un fuerte impulso sexual no es pecado. Pero Dios prescribe el matrimonio para tales personas. Ellos no deben abstenerse de casarse porque hacer eso les podría hacer caer en pecado.

3. Para recibir gracia juntos

Hablando a los esposos, Pedro dice que honren a sus esposas *«como a*

coherederas de la gracia de la vida» (1 Pedro 3:7). En otras palabras, Dios se deleita en que el marido y la esposa le sirvan juntos. Él busca a Aquila y Priscila, a Pedro y su esposa, así como a Judas y su esposa, para que le sirvan.

Los nuevos creyentes deben saber que hay tres razones básicas para el matrimonio cristiano: primero, para ayuda mutua; en segundo lugar, para prevenir el pecado; y tercero, para recibir, juntos, gracia delante de Dios. El matrimonio no implica solo un creyente, sino dos cristianos juntos en la presencia de Dios. No es simplemente una persona que recibe gracia, sino dos que son coherederos de la gracia de la vida.

La otra parte en el matrimonio

El Señor ha establecido condiciones definidas acerca de con quién alguien puede o no puede casarse. La Biblia indica claramente que el matrimonio, en el pueblo de Dios, debe estar limitado a sus miembros.

En otras palabras, si va a ser un matrimonio, la otra parte debe ser hallada entre el pueblo de Dios. Un creyente no puede casarse con una persona que esté fuera del ámbito del pueblo de Dios.

No unirse en yugo desigual

Pablo nos dice con quién podemos casarnos en este famoso pasaje: *«No*

os unáis en yugo desigual con los incrédulos» (2 Cor. 6.14). Aunque esta palabra no se dirige exclusivamente al matrimonio, ella incluye el matrimonio.

Para un creyente y un incrédulo, trabajar juntos para llegar a una meta es como poner dos tipos de animales diferentes bajo un mismo yugo para arar la tierra. Esto es algo que Dios prohíbe. Dios no permite al creyente a llevar el mismo yugo con los incrédulos.

En el Antiguo Testamento se encarga específicamente: «*No ararás con buey y con asno juntamente»* (Deut. 22.10). El buey es lento, mientras que el asno es rápido. Uno quiere ir por un lado; el otro quiere ir por otra vía. Uno va hacia el cielo; el otro va al mundo. Uno busca la bendición espiritual; el otro, la abundancia terrenal. Uno tira en una dirección mientras el

otro tira en dirección opuesta. Esta es una situación imposible. No se puede soportar semejante yugo.

El yugo más serio de todos es el matrimonio. De tres ejemplos –la asociación en negocios, una empresa iniciada en común, o el matrimonio– la última constituye el yugo más pesado. Es realmente difícil de asumir juntos la responsabilidad de la familia.

La segunda persona ideal para constituir un matrimonio debe ser un hermano o una hermana. No elijas a la ligera un incrédulo. Si lo haces, de inmediato te meterás en un gran problema. El creyente tira hacia un lado, mientras que el otro mira hacia el mundo. Uno busca los dones celestiales, pero el otro busca la riqueza terrenal. La diferencia entre ambos es tremenda. Por esto, la Biblia nos manda casarnos en el Señor.

Traducido de *Spiritual Exercise*

El árbol del Teneré

El Teneré, también conocido como “el desierto en el desierto”, un territorio de 400.000 kilómetros cuadrados situado en el Sahara, es una de las regiones más áridas del planeta. En el Teneré había un único árbol, una acacia, pero en 1973 un viajero lo derribó con su camión.

El árbol fue llevado a un museo en Níger. Para saber cómo pudo crecer en un lugar tan inhóspito, se hizo una excavación en la zona donde se encontraba su raíz. Allí, a 33 metros de profundidad, se halló el lecho de un río que en otro tiempo pasaba por el Teneré. ¡Éste era el secreto para que el árbol sobreviviera en el desierto!

En varios pasajes de la Biblia, el creyente es comparado a un árbol plantado junto a corrientes de aguas. ¿Nuestras raíces toman agua del río caudaloso de la gracia de Dios, de la vida que Cristo nos transmite?

LBS

El físico ateo que vivió milagrosamente.



Stephen Hawking

Ricardo Bravo

El pasado 14 de marzo falleció Stephen William Hawking a la edad de 76 años, en Cambridge (Reino Unido). Hawking fue un físico teórico brillante, tal vez el físico más famoso después de Einstein en el siglo XX.

Lamentablemente su alta inteligencia estuvo nublada por su cosmovisión atea, la que sesgó fuertemente su investigación científica.

En la mayor parte de sus libros, publicaciones y conferencias, daba a conocer sus hipótesis y teorías, y declaraba abiertamente que con ellas demostraba que Dios no era necesario para explicar el origen del universo, que su existencia se explicaba por sí misma, y concluía por tanto que Dios no existía.

Stephan Hawking incursionó en los profundos misterios de la física teórica que subyace a la estructura del cosmos, pero sin duda que llegó a ser

más conocido por la temática de los agujeros negros y del origen del universo, sin la necesidad de un Creador.

Un mal terrible

Hawking negaba a Dios y los milagros, pero su vida misma no fue sino un enorme y portentoso milagro del Creador.

Su terrible enfermedad debió haberle causado la muerte en no más de tres años, como lo señalan firmemente las estadísticas que tiene la medicina especialista en ELA (Esclerosis Lateral Amiotrófica). Sin embargo, este hombre logró vivir cincuenta y cinco años más.

¿Cómo pudo vivir desde los 21 años (cuando se le detectó la enfermedad), hasta llegar a ser un anciano de 76 años, con una enfermedad altamente degenerativa, la que día a día le destruía irremediadamente su sistema nervioso?

En la actualidad, los científicos no tienen una respuesta clara a esta interrogante. En la enfermedad ELA las neuronas motoras se desgastan y mueren y por tanto no tienen control sobre los músculos. Cuando estos últimos dejan de funcionar en la zona faríngea y torácica, se produce la muerte porque se hace muy difícil o imposible tragar y respirar.

La admirable fe de una esposa cristiana

En varias entrevistas, Jane Hawking (la primera esposa del físico) describió parte de su vida junto a su esposo ateo, de lo difícil que fue comparir con él debido a su ateísmo, y también a lo complejo que resultó vivir con el físico durante 25 años, postrado e impedido por su enfermedad.^{1,2}

Sin embargo, a pesar de todo, Jane Hawking entendía en parte el ateísmo de su marido, aunque ella mantuvo su fe en Dios todo el tiempo. En una de sus declaraciones, ella señaló:

«Si a los 21 años uno tiene un diagnóstico de una enfermedad que va a matarlo en dos o tres años, ¿cómo se puede creer en un Dios benevolente? Es muy difícil. Además, Stephen es alguien que tiene que probar todo por métodos racionales. Para él, todo el universo debe tener una explicación racional. Pero si toda cosa en la tierra y el universo está gobernada

por leyes matemáticas, ¿de dónde vienen estas leyes? Creo que los científicos pueden explicar cómo es que estamos aquí, pero no pueden explicar por qué estamos aquí».

Este último razonamiento realizado por Jane Hawking le diferenciaba radicalmente de lo que creía y pensaba su marido. Ella no necesitaba tener un doctorado en Física ni ser una popular científica para entender que si el universo está gobernado por unas precisas y exactas leyes matemáticas, estas solo se explican y entienden por la acción de un Ser de inteligencia sublime y Todopoderoso, que ha creado el cosmos con un propósito definido.

En 2015, Jane Hawking escribe un libro que tituló «*Hacia el Infinito*»³, donde relata importantes aspectos de su difícil vida matrimonial con el famoso físico. Allí comenta que oraba permanentemente por su marido, incluso en aspectos aparentemente menores, como el que no se fuese a ahogar con algún alimento que no hubiese podido tragar correctamente, porque sus músculos ya casi no funcionaban.

Ella relata que, en una ocasión, su marido estuvo al borde de la muerte, con una neumonía tan agresiva que los médicos hubieron de conectarle un respirador artificial para que no muriese. Ella no obstante no abandonaba su fe y clamaba a Dios inten-

samente, aún cuando los médicos le preguntaron si podían desconectar las máquinas para dejar morir a su esposo, porque éste ya no respiraba por sí mismo, y se encontraba en un coma profundo.

Ella se negó rotundamente a que le dejaran morir, y se aferró a su fe, confiando en que Dios podía sacar a su marido de esa situación insalvable para la ciencia médica. Jane oró varios días junto a su moribundo esposo, y ocurrió lo impensado; Stephen Hawking salió del estado de coma y se recuperó.

Jane explica en su libro que tiempo después hubieron de separarse, porque la vida junto al físico se tornó insoportable.

Además del gran desgaste emocional que significaba cuidarle en ese difícil estado de salud, su esposa e hijos recibían una total indiferencia de parte de Stephen Hawking, quien se encontraba envuelto en las nubes de la fama, haciéndose un adicto a ella.

Adicionalmente, el científico empezó a mostrar interés sentimental por una de sus enfermeras, con quien terminó casándose algún tiempo más tarde.

Camino al ateísmo profundo

Hawking, dio sus primeros pasos para llegar a ser un creyente cristiano y junto a Jane, asistieron a una iglesia

Bautista en Londres en los inicios de su relación.

Esto ayudó a que en sus primeros escritos científicos divulgativos, el físico mostrase algún leve reconocimiento a la acción de un Dios Todopoderoso, dada la perfección de las leyes y principios matemáticos que regulan el funcionamiento del universo.

Sin embargo al poco andar, Hawking retomó el camino opuesto a la fe, a pesar de las enseñanzas y ejemplos en contrario que le brindaba su esposa.

¿Cómo llega Hawking a su ateísmo profundo? No es posible afirmarlo con certeza. ¿Lo traicionó su orgullo y vanidad al ser reconocido como uno de los físicos teóricos más populares del siglo XX?

De hecho su primer libro fue un «superventas» (Historia del Tiempo⁴), con más de diez millones de copias.

O tal vez su cosmovisión atea fue provocada por su condición de invalidez extrema, que lo tenía aprisionado en una silla de ruedas. Así lo da a entender el propio Hawking ante una respuesta periodística: «¿Cómo puedo creer en Dios? Miren mi cuerpo».

Su esposa Jane también declara que podía ser esto último lo que llevó al físico a desarrollar su fuerte ateísmo. Sin embargo, ella relata que siempre

Hawking negaba a Dios y los milagros, pero su vida misma no fue sino un enorme y portentoso milagro del Creador.

oraba por su marido ateo, y el milagro de que Stephen Hawking viviese más de medio siglo con ELA sugiere que sus oraciones habrían sido oídas.

Sin embargo, el físico parecía no darse cuenta de este portentoso sobre su vida y se empeñaba en intentar demostrar científicamente la inexistencia de Dios. Incluso inventando teorías absurdas con matemáticas irreales.

Hawking y Dios

En su primer libro, *Historia del Tiempo* (1988), él concluye acerca de la búsqueda de una teoría unificada de la física (la que había buscado también Einstein), que el filósofo y el físico necesitarán reunirse para plantearse la pregunta: ¿Por qué existe el universo?. Y cuando esa pregunta sea respondida, decía Hawking, entonces «conoceremos la mente de Dios».

Pero dos décadas después, él cambia su cosmovisión, y en un nuevo libro que escribe en colaboración con Leonard Mlodinow, el que titula *El Gran Diseño* (2010)⁵, termina concluyendo que no se requiere de un

Diseñador para explicar el origen del universo y afirma que: «Debido a que existe la ley de la gravedad, el universo pudo crearse a sí mismo de la nada».

De este modo Hawking difiere totalmente de su primer libro, y ya no le interesa conocer la mente de Dios, porque afirma categóricamente que no hay Dios.

Con la publicación del libro «Historia del tiempo», Hawking creyó haber descubierto las bases físicas y matemáticas para establecer la «Teoría de la gran unificación», la que articularía a las cuatro fuerzas principales conocidas en el universo, en un solo modelo explicativo (la fuerza fuerte a nivel atómico, la fuerza electromagnética, la fuerza débil que actúa en el núcleo atómico, y la fuerza gravitacional).

Pero, en realidad, no se trataba de una teoría sino de una mera hipótesis que debía ser sometida a prueba por los métodos experimentales, y que la ciencia hasta ahora no lo ha hecho, y seguramente no lo podrá hacer, porque la hipótesis de la gran unificación considera escalas físicas y modelos muy diferentes, varios de los cuales están en controversia entre los físicos y por tanto no han sido aceptados como tal.

Estas últimas son las principales razones por las que Stephen Hawking

nunca obtuvo el Premio Nobel de Física. Porque nunca obtuvo evidencias experimentales que dieran respaldo a sus rebuscadas teorías de un universo que se crea sí mismo, usando para ello matemáticas y tiempo inexistentes.

¿Cómo explicar entonces que haya sido el físico más popular y reconocido en la última mitad del siglo XX? El mismo Stephen Hawking responde en parte a esta interrogante en un documental sobre su vida y obra titulado *El Universo de Stephen Hawking*.

Allí, el físico señala que no está seguro si su popularidad se debía a su compleja condición física que le tenía confinado en una silla de ruedas, o realmente se debía al descubrimiento de sus polémicas teorías.

Respuesta de un científico cristiano al Libro "El Gran Diseño"

John Lennox, un científico matemático de la Universidad de Oxford, respondió al desafío ateo de Hawking en su libro «El Gran Diseño»⁶, con otro libro denominado «Dios y Stephen Hawking». En este libro, Lennox fundamenta científicamente por qué Hawking está equivocado al decir que Dios no es el Creador del universo.

Hawking afirma que debido a que existe una ley de la gravedad, el universo puede y debe crearse de la nada. Lennox le responde que del mismo modo que un avión no pudo

haberse creado por las leyes de la física, sino que necesitó de un diseñador para que existiese, así también el universo y sus precisas leyes (incluyendo la ley de la gravedad), necesitaron de un agente externo que las creara y diseñara, y ese es Dios».

Lennox comienza mostrando que muchas de las preguntas fundamentales que plantea Hawking no pueden ser respondidas dentro del ámbito de la ciencia, sino que más bien estas requieren entenderse en un ámbito filosófico.

En su obra, Lennox utiliza un razonamiento cuidadoso y lógico para mostrar las falacias en las afirmaciones de Hawking. Según Lennox, es más lógico creer en un Dios que creó el universo y puede hacer milagros dentro del universo, que creer que la ciencia lo puede explicar todo.

Efectivamente, en su libro *El Gran Diseño*, Hawking argumenta mucho más con filosofía y cosmovisión que con argumentos científicos. Si el universo se formó a sí mismo de manera casual, sin ninguna intervención sobrenatural, entonces nada tiene sentido, y los seres humanos solo seríamos «polvo de estrellas».

¿Cómo se obtiene un universo de la nada? Es lo que Hawking intentó resolver en su libro *El Gran Diseño* y fracasó porque lo que él llama *nada*, en

realidad no es que sea realmente nada; es más bien un vacío cuántico, con una partícula desconocida que habría contenido toda la energía del universo a unas presiones y temperaturas infinitas, y en un punto infinitamente pequeño.

La *nada* real, que es de donde Dios crea el universo de acuerdo a la Biblia, es la nada absoluta, sin vacíos cuánticos ni partículas. Dios trae a la existencia materia espacio tiempo y energía a partir de su inexistencia.

Los cielos cuentan la gloria de Dios

Lo paradójico del astrofísico ateo Stephen Hawking es que se pasó la vida como científico mirando a los cielos y buscando explicaciones matemáticas acerca de sus orígenes. Se maravillaba con ellos e intentaba buscar una teoría racional que diese cuenta de la existencia del maravilloso universo que tenía ante sí.

Hoy día, Hawking ya tiene la gran respuesta a su interrogante. Pero la pudo haber tenido también en vida, con la más perfecta explicación escrita jamás acerca de los orígenes de los cielos, de las pléyades, y de las estrellas, porque fue el propio Creador quien se lo reveló a los escritores bíblicos. *«Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben clara-*

mente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa» (Rom. 1:20, NVI).

Veamos algunos ejemplos: *«En el principio Dios creó los cielos y la tierra ... ¡Oh Jehová, Señor nuestro! ... Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste ... Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos ... Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos: Ellos perecerán, mas tú permaneces...»* (Gén. 1:1; Sal. 8:1, 3; 19:1; Heb. 1:10-11).

Además del reconocimiento hecho por Moisés, por el salmista y el autor de Hebreos respecto al Creador del universo, en el Libro de Job, se registra al propio Creador dando cuenta de ello.

Le pregunta el Señor a Job: *«¿Podrás tú atar los lazos de las Pléyades, o desatarás las ligaduras de Orión? ¿Sacarás tú a su tiempo las constelaciones de los cielos, o guiarás a la Osa Mayor con sus hijos? ¿Supiste tú las ordenanzas de los cielos? ¿Dispondrás tú de su potestad en la tierra?»* (Job 38:31-32)

Conocimiento más allá del laboratorio

Hoy, los pocos datos parciales e imperfectos con que cuenta la ciencia

acerca de los orígenes del universo corroboran que este rebosa de diseño y proclama con fuerza la inteligencia de su Hacedor.

Por ello, Hawking luchó arduamente por darle forma a alguna hipótesis que respaldara un universo auto-sustentado, aunque tuviese que inventar matemáticas inexistentes y un tiempo imaginario.

Su mayor propósito era hallar algún argumento que demostrase que Dios no es necesario como Creador del universo.

¡Qué triste e ineficaz propósito el de Hawkins, cuando la Biblia afirma categóricamente que el universo vino a la existencia de la nada, no hecho de materia preexistente, mediante un acto sobrenatural de un Dios Todopoderoso!

No hay modelos matemáticos ni físicos que lo puedan explicar, porque las leyes del universo y de la naturaleza que pueden ser descritas por medio de la física y las matemáticas, Dios las trajo a la existencia junto con el propio universo.

Se acaban las matemáticas y la física en ausencia del universo. Sin universo no hay materia, ni energía ni tiempo ni espacio, que es donde las leyes naturales diseñadas por Dios actúan.

El cientificismo cree poder explicarlo todo, incluyendo los orígenes del uni-

verso, la vida, etc., en base a hipótesis pletóricas de fantasías y quimeras, explicadas con lenguaje críptico y tecno-científico, altamente rebuscado.

Las hipótesis así construidas impresionan a quienes no conocen de ciencia y de cómo ésta funciona. Pero lo real es que la ciencia tiene límites, los que están dados por los propios métodos que utiliza, por las propias limitaciones humanas, y por el inexorable apego a la acotada temporalidad de sus experimentos.

Esto fue claramente definido por los filósofos de la ciencia más importantes del siglo XX (Popper, Khun y Feyerabend)⁷.

Es por esto que lo único que cabe en el ámbito de los orígenes del universo es que este conocimiento sea revelado por quien fue su Creador.

Y es precisamente así como lo declara la Biblia en Hebreos 11:3: *«Por la fe entendemos que el universo fue preparado por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve no fue hecho de cosas visibles»* (LBLA⁸).

Esta última frase afirma que el universo, con todas sus dimensiones (materia, espacio, tiempo, energía) y leyes precisas de funcionamiento, vino a la existencia, no de material preexistente, sino que vino de la nada.

Es necesario entonces concluir que si el universo debe su existencia a una causa externa, ésta necesariamente apunta al único y sabio Dios de la Biblia, Todopoderoso, Creador, sin principio ni fin, trascendente, quien hizo los cielos, la Tierra y al ser humano, con un claro propósito.

Solo Dios es la explicación última y absoluta del universo, y así lo revelan hoy las matemáticas y la física existentes, conocidas por la ciencia. Las matemáticas y física imaginarias e irreales, inventadas para promover el ateísmo, probablemente no murieron con Stephen Hawking.

Bibliografía

1. Hawking Jane. 2015. «Necesité la fe para cuidar a Stephen, es un milagro que viva». Entrevista del diario español El

Mundo, realizada por Paulo Jáuregui el 22 de enero de 2015.

2. Hawking Jane. 2015. «Que Hawking fuera tratado como dios, nos afectó como familia». Entrevista del semanario argentino Perfil, realizada el 18 de febrero de 2015.

3. Hawking Jane. 2015. Hacia el Infinito. Ed. Lumen. 560 pág.

4. Hawking Stephen. 1988. Historia del tiempo; Del Big Bang a los agujeros negros. RBA Editores, España.

5. Hawking Stephen & Leonard Mlodinow. 2010. El Gran Diseño. Ed. Crítica, Barcelona, España. 228 pág.

6. Lennox John. 2001. God and Stephen Hawking. Whose Design Is It Anyway? Oxford: Lion Hudson. 96 pág.

7. Horgan John. 1998. El fin de la ciencia: los límites del conocimiento en el declive de la era científica. 266 págs.

8. LBLA 1986. La Biblia de las Américas.

De rodillas

David Livingstone, el gran explorador y misionero del siglo 19, terminó su vida de una manera extraordinaria. En su último viaje en África del Sur, una mañana se quedó en su tienda mientras sus colaboradores se apresuraban a preparar todo para levantar el campamento.

Ellos no querían molestarlo mientras oraba, pues “hablaba con su Dios”, como solían decir. Pero como él tardase más del tiempo acostumbrado, el jefe de la caravana decidió ir a ver qué sucedía. Cuando entró en su tienda vio a Livingstone todavía de rodillas y con las manos en el suelo. Su corazón había dejado de latir.

A través de las pruebas, peligros y fatigas de su vida, él había conocido el poder de la oración. Mediante ella había hallado el socorro, la protección y las fuerzas renovadas. Así fue también en aquella hora. Dios permitió que él dejase la tierra de forma serena, sin temor ni luchas, y esto impresionó a sus compañeros, pues comprobaron que “*el justo en su muerte tiene esperanza*” (Prov. 14:32).

LBS

Cartas de nuestros lectores

Gratitud

Gracias por el envío de la revista Aguas Vivas. Ya he leído gran parte, es magnífica. Su contenido es profundo y contextual, muy oportuna. Reciban mi más sincera gratitud a todo el equipo. Que el Señor les siga usando por medio de este hermoso ministerio.

Albany Quincoses (Cuba).

Alimento de gracia

El contenido de la revista es, de verdad, un alimento de gracia para mi espíritu. Siento que estoy en comunión con ustedes y con la revelación acerca de la iglesia, a pesar de los duros momentos de apostasía que estamos viviendo. ¡Gracias a los hermanos!

José Bozzano (Paraguay).

Temas de interés

Damos gracias al Señor porque vosotros lleváis la palabra y la obra de Dios por muchos lugares del mundo. Los números de la revista de este año nos han servido mucho, en especial el tema que trata sobre la apostasía, porque hoy vemos señales tan notorias de esto, y por otra parte, los artículos sobre la familia. Nuestra fe y oración es constante. Con la confianza en

nuestro Señor que os bendice y guarda en todas las cosas, os mandamos un fuerte abrazo y ósculo santo en el amor de nuestro amado Señor Jesucristo.

Cecilia y María Cecilia (España).

Biblioteca

Estoy muy contenta, pues hoy recibí el ejemplar de la revista Aguas Vivas. Aquí tenemos un proyecto de ir creando una base bibliográfica cristiana para el servicio de nuestra joven iglesia, con ejemplares que nos puedan donar. Me gustaría poder contar con su revista, la que considero profunda y edificante para complementar el estudio de la Biblia. Que el Señor les bendiga abundantemente.

Saymí Cabañas (Cuba).

Trabajo en el Señor

Recibimos la última revista, como siempre, una gran bendición. Anhelamos que estén recibiendo muchas bendiciones del Señor. Le enviamos dos fotos de nuestra colección, la que falta es la última porque nuestros hijos la estaban leyendo y no quisieron soltarla. Dios les bendiga mucho. Sigán trabajando en el Señor con la convicción del apóstol, sabiendo que nuestro trabajo en el Señor no es en vano.

Enrique Maestri (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 91 · Julio - Agosto - Septiembre 2018.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras. FOTO DE PORTADA: Daniel López.